

Partí en nombre de la Santísima Trinidad, miércoles 30 de mayo de la Villa de San Lucar, bien fatigado de mi viaje, que adonde esperaba descanso, cuando yo partí de estas Indias, se me dobló la pena, y navegué a la isla de la Madera por camino no acostumbrado, por evitar escándalo que pudiera tener una armada de Francia, que me aguardaba al Cabo de San Vicente, y de allí a las islas de Canaria, de adonde me partí con una nao y dos carabelas y envié los otros navíos a derecho camino a las Indias y la isla Española. Y yo navegué al Austro con propósito de llegar a la línea equinoccial y de allí seguir al Poniente hasta que la isla Española me quedase al Septentrión, y, llegando al isla de Cabo Verde, falso nombre, porque son atán seca que no ví cosas verde en ellas, y toda la gente enferma, que no osé detenerme en ella, y navegué al Sudueste cuatrocientas y ochenta millas, que son ciento y veinte leguas, a donde, en anocheciendo, tenía la estrella del Norte en cinco grados. Allí me desamparó el viento y entré en tanto ardor y tan grande que creí que se me quemasen los navíos y gente, que todo de un golpe y no a tan desordenado que no había persona que osase descender debajo de cubierta a remediar la vasija y mantenimiento. Duró este ardor ocho días; al primer día fue claro, y los siete siguiente llovío y hizo ñumblado, y, con todo, no fallamos remedio, que cierto sí así fuera de sol como el primero, yo creo que no pudiera escapar en ninguna manera.

Acórdome que, navegando a las Indias, siempre que yo paso al Poniente a las islas de los Azores cien leguas, allí fallo mudar la temperanza, y esto es todo de Septentrión en Austro; y determiné que, si a Nuestro Señor le pluguiese de me dar viento y buen tiempo, que pudiese salir de adonde estaba, de dejar de ir más al Austro, ni volver tampoco atrás, salvo de navegar al Poniente, a tanto que ya llegase a estar con esta raya con esperanza que yo fallaría allí su temperamiento, como había fallado cuando yo navegaba en el paralelo de Canaria. E que así fuese que entonces yo podría ir más al Austro, y plugo a Nuestro Señor que al cabo de estos ocho días de me dar buen viento Levante; y yo seguí al Poniente, más no osé declinar abajo al Austro porque fallé grandísimo mudamiento en el cielo y en las estrellas, más non fallé mudamiento en la temperancia. Así acordé de proseguir delante siempre justo al Poniente, en aquel derecho de la Sierra Lioa, con propósito de non mudar derrota fasta adonde yo había pensado que fallaría tierra, y allí adobar los navíos y remediar si pudiese los mantenimientos y tomar agua que no tenía. Y al cabo de diez y siete días, los cuales Nuestro Señor me dio de próspero viento, martes 31 de julio mediodía nos mostró tierra, e yo la esperaba el lunes antes, y tuve aquel camino fasta entonces, que en saliendo el sol, por defecto del agua que no tenía, determiné de andar a las Indias de los Canibales, y tomé esa vuelta. Y como su Alta Majestad haya siempre usado de misericordia conmigo, por acertamiento subió un marinero a la gavía y vido al Poniente tres montañas juntas. Digimos la *Salve Regina* y otras prosas y dimos todos muchas gracias a Nuestro Señor, y después dejé el camino de Septentrión y volví hacia la tierra, adonde yo llegué a hora de completas a un cabo a que dije de la *Galea*, después de haber nombrado a la isla de la *Trinidad*; de allí hobera muy buen puerto si fuera fondo, y había casas y gente y muy lindas tierras, atán fermosas y verdes como las huertas de Valencia en marzo. Pesóme cuando no pude entrar en el puerto, y corri la costa de esta tierra del luengo fasta el Poniente, y, andadas cinco leguas, fallé muy buen fondo y surgi. Y en el otro día di la vela a este camino, buscando puerto para adobar los navíos y tomar agua y remediar el trigo y los bastimentos que llevaba solamente. Allí tomé una pipa de agua y con ella anduve así hasta llegar al cabo, y allí fallé abrigo de Levante y buen fondo; y así mande surgir y adobar la vasija y tomar agua y leña y descender la gente a descansar de tanto tiempo que andaban penando.

A esta punta llamé del *Arenal*, y allí se falló toda la tierra follada de unas animalias que tenían la pata como de cabra, y bien que según parecé ser allí haya muchas, no se vido sino una muerta. El día siguiente vino de hacia Oriente una grande canoa con veinticuatro hombres, todos

mancebos e muy ataviados de armas, arcos y flechas y tablachinas, y ellos, como dije, todos mancebos, de buena disposición y no negros, salvo más blancos que otros que haya visto en las Indias, y de muy lindo gesto y fermosos cuerpos y los cabellos largos y llanos, cortados a la guisa de Castilla, y traían la cabeza atada con un pañuelo de algodón tejidos a labores y colores, el cual creía yo que era almaizar. Otro de estos pañuelos traían ceñido e se cobijaban con él en lugar de pañetes. Cuando llegó esta canoa habló de muy lejos. Yo ni otro ninguno no los entendíamos, salvo que yo les mandaba hacer señas que se allegasen, y en esto se pasó más de dos horas, y si se llegaban un poco luego se desviaban. Yo les hacía mostrar bacines y otras cosas que lucían, por enamorarlos porque viniesen, y a cabo de buen rato se allegaron más que hasta entonces no habían, y yo deseaba mucho haber lengua y no tenía ya cosa que me pareciese que era de mostrarles para que viniesen: salvo que hice sobir un tamborín en el castillo de popa que tañasen e unos mancebos que danzacen, creyendo que se allegarían a ver la fiesta. Y, luego que vieron tañer y danzar, todos dejaron los remos y echaron mano a los arcos y los encordaron, y embrazó cada uno su tablachina y comenzaron a tirarnos flechas. Cesó luego el tañer y el danzar mandé luego sacar unas ballestas, y ellos dejáronme y fueron más andar a otra carabela, y de golpe se fueron debajo la popa de ellos, y el piloto entró con ellos y dió un sayo e un bonete a un hombre principal que le pareció de ellos, y quedó concertado que le haría hablar allí en la playa, adonde ellos luego fueron con la canoa esperándole. Y él, como quiso ir sin mi licencia, como ellos le vieron venir a la nao con la barca, tornaron a entrar en la canoa e se fueron, e nunca más los vide ni a otros en esta isla.

Cuando yo llegué a esta punta del Arenal, allí se hace una boca grande de dos leguas de Poniente a Levante, la isla de la Trinidad con la tierra de Gracia, y que para haber de entrar dentro para pasar al Septentrión había unos hileros de corrientes que atravesaban aquella boca y traían un rugir muy grande. Y creí yo que sería un arrecife de bajos e peñas, por el cual no se podría entrar dentro en ella; y detrás de este hilero había otro y otro que todos traían un rugir grande como ola de la mar que va a romper y dar en peñas. Surgí allí a la dicha punta del Arenal, fuera de la dicha boca, y fallé que venía el agua del Oriente hasta el Poniente con tanta furia como hace Guadalquivir en tiempo de avenida, y esto de continuo de noche y día, que creí que no podría volver por atrás por la corriente, ni ir adelante por los bajos. Y en la noche, ya muy tarde, estando al bordo de la nao, oí un rugir muy terrible que venía de la parte del Austro hacia la nao, y me paré a mirar y vi levantado la mar de Poniente a Levante, en manera de una loma tan alta como la nao, y todavía venía hacia mí poco a poco, y encima de ella venía un filero de corriente que venía rugiendo con muy grande estrépito, con aquella furia de aquel rugir que de los otros hileros que yo dije me parecían ondas de mar que daban en peñas, que hoy en día tengo el miedo en el cuerpo que no me trabucasen la nao cuando llegasen debajo de ella; y pasó y llegó e fasta la boca, adonde allí se detuvo grande espacio. Y el otro día siguiente envié las barcas a sondear y fallé en el más bajo de la boca que había sies o siete brazas de fondo, y de contino andaban aquellos hileros unos por entrar y otros por salir; y plugo a Nuestro Señor de me dar buen viento, y travesé por esa boca adentro y luego hallé tranquilidad, y por acertamiento se sacó del agua de la mar y la hallé dulce, Navegué al Septentrión fasta una sierra muy alta, el uno de la parte del Oriente, y era de la misma isla de la Trinidad, y el otro del Occidente de la tierra que dije de Gracia, y allí hacía una boca muy angosta más que aquella de la punta del Arenal, y allí había los mismos hileros y aquel rugir fuerte del agua como era en la punta del Arenal, y asimismo allí la mar era agua dulce. Y fasta entonces yo no habia habido lengua con ninguna gente de estas tierras, y lo deseaba en gran manera, y por esto navegué al luengo de la costa de esta tierra hacia el Poniente; y cuanto más andaba hallaba el agua de la mar más dulce y más sabrosa, y andando una gran parte, llegué a un lugar donde me parecían las tierras labradas, y surgi y envié las barcas a tierra, y fallaron que de fresco se había ido de allí gente, y fallaron todo el monte

DESCUBRIMIENTO DE AUSTRALIA

La Carta de Colón, anunciando la llegada a las Indias y a la provincia de Calayo (China)  
(Descubrimiento de América)  
(Publicado y comentado por Carlos Sanz)

Epistola de insultis de nouo repertis. Impressa parisius in cāpo gaillardii

La Carta de Colón, anunciando la llegada a las Indias y a la provincia de Calayo (China)  
(Descubrimiento de América)  
(Publicado y comentado por Carlos Sanz)

Epistola de insultis repertis de nouo. Impressa parisius in cāpo gaillardii

(X)

(Paris: Guyot Marchant, 1493).

(XI)

(Paris: Guyot Marchant, 1493).

La Carta de Colón, anunciando la llegada a las Indias y a la provincia de Calayo (China)  
(Descubrimiento de América)  
(Publicado y comentado por Carlos Sanz)

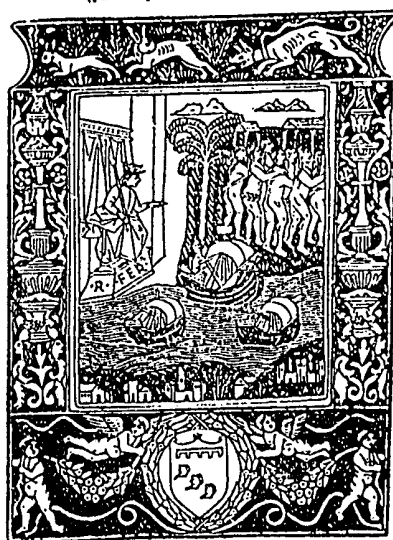
En sechōn bibschlesēn von etlichen insliden die do in kurtzen yren sun den synd yurech vñ kunig von hispania. vñ so sicut vñ grohen wun detlichen vingen die in vñ selbē insliden synd.



(XII)

Estrasburgo: Kuestler, 1497.

La Carta de Colón, anunciando la llegada a las Indias y a la provincia de Calayo (China)  
(Descubrimiento de América)  
(Publicado y comentado por Carlos Sanz)



(XIII)

Roma: 15 junio, 1493. Poema de Dati.

cubierto de gatos paules. Volviéronse, y, como ésta fuese sierra, que más allá al Poniente las tierras eran más llanas y que allí sería poblado, y por esto sería poblado. Y mandé a levantar las anclas y corrí esta costa fasta el cabo de esta sierra, y allí a un río surgí y luego vino mucha gente, y me digeron cómo llamaron estas tierras **Paria** y que de allí más al poniente era más poblado. Tomé de ellos cuatro, y después navegué al poniente, y, andadas ocho leguas más al Poniente allende una punta a que yo llamé del **Aguja**, allé unas tierras las más hermosas del mundo y muy pobladas. Llegué allí una mañana a hora de tercia, y por ver esta verdura y esta hermosura acordé surgir y ver esta gente, de los cuales luego vinieron en canoas a la nao a rogarme de parte de su rey que descendiese en tierra. E cuando vieron que no curé de ellos, vinieron a la nao infinitísimos en canoas, y muchos traían piezas de oro al pezcueso y algunos atados a los brazos algunas perlas: holgué mucho cuando las ví, e procuré mucho de saber donde las hallaban, y me dijeron de allí y de la parte del Norte de aquella tierra.

Quisiera detenerme, más estos abastecimientos que yo traía, trigo y vino e carne para esta gente que acá está se me acababan de perder, los cuales hobe allá con tanta fatiga, y por esto yo no buscaba sino a más andar a venir a poner en ellos cobro y no me detener para cosa alguna. Procuré de haber de aquellas perlas y envié las barcas a tierra: esta gente es muy mucha y toda de muy buen parecer, de la misma color que los otros de antes y muy tratables. La gente nuestra que fue a tierra los hallaron tan convenientes y los recibieron muy honradamente: dicen que luego que llegaron las barcas a tierra que vinieron dos personas principales con todo el pueblo, creen que el uno el padre y el otro era su hijo, y los llevaron a una casa muy grande hecha a dos aguas y no redonda como tienda de campo, como son estas otras, y allí tenían muchas sillas adonde los hicieron asentar y otras donde ellos se asentaron; y hicieron traer pan y de muchas maneras frutas e vino de muchas maneras blanco e tinto, mas no de uvas: debe él de ser de diversas maneras, uno de una fruta y otro de otra, y asimismo debe ser de ello de maíz, que es una simiente que hace una espiga como una mazorca, de que llevé yo allá y hay ya mucho en Castilla, y parece que aquel que lo tenía mejor lo traía por mayor excelencia y lo daba en gran precio. Los hombres todos estaban juntos a un cabo de la casa y la mujeres en otro.

Recibieron ambas las partes gran pena porque no se entendían, ellos para preguntar a los otros de nuestra patria y los nuestros por saber de la suya. E, después que hobieron recibido colación allí en casa del más viejo, los llevó el mozo a la suya, e fizo otro tanto, e después se pusieron en las barcas e se vinieron a la nao, e yo luego levanté las anclas porque andaba mucho de prisa por remediar los mantenimientos que se me perdían que yo había habido con tanta fatiga, y también por remediarme a mí que había adolecido por el desvelar de los ojos, que bien que el viaje que yo fui a descubrir la tierra firme estuviese treinta y tres días sin concebir sueño y estoviese tanto tiempo sin vista, non se me dañaron los ojos, ni se me rompieron de sangre y con tantos dolores como agora.

Esta gente, como ya dije, son todos de muy linda estatura, altos cuerpos e de muy lindos gestos, los cabellos muy largos e llanos, y traen las cabezas atadas con unos peñuclos labrados, como ya dije, hermosos, que parecen de lejos de seda y almaizares: otro traen ceñido más largo que se cobijan con él en lugar de pañetes, así hombres como mujeres. La color de esta gente es más blanca que otra que haya visto en las Indias; todos traían al pescuezo y a los brazos algo a la guisa de estas tierras, y muchos traían piezas de oro bajo colgado al pescuezo. Las canoas de ellos son muy grandes y de mejor hechura que no son estas otras y más livianas, y en el medio de cada una tienen un apartamento como cámara, en que vi que andaban los principales con sus mujeres. Llamé allí a este lugar **Jardines**, porque así conforman por el nombre. Procuré mucho de saber dónde cogían aquel

oro, y todos me aseñalaban una tierra frontera de ellos al Poniente, que era muy alta, mas no lejos; mas todos me decían que no fuese allá porque allí comían los hombres, y entendí entonces que decían que eran hombres caníbales e que serían como los otros, y después he pensado que podría ser que lo decían porque allí habría animalias. También les pregunté adonde cogían las perlas, y me señalaron también que al Poniente y al Norte detrás de esta tierra donde estaban. Dejélo de probar por esto de los mantenimientos y del mal de mis ojos y por una nao grande que traigo que no es para semejante hecho.

Y como el tiempo fue breve, se pasó todo en preguntas y se volvieron a los navíos, que sería hora de visperas, como ya dije, y luego levanté las anclas y navegué al Poniente; y asimesmo el día siguiente, fasta que me fallé que no había sinon tres brazas de fondo y el agua muy dulce, en tanta cantidad que yo jamás bebía pareja de ella. Fui yo muy descontento de ella cuando vi que no podía salir al Norte ni pudo a andar al Austro ni al Poniente, porque yo estaba cercado por todas partes de la tierra, y así levanté las anclas y torné atrás, para salir al Norte por la boca que yo arriba dije, y no pude volver por la población adonde yo había estado, por causa de las corrientes que me habían desviado de ella. Y siempre en todo cabo hallaba el agua dulce y clara y que me llevaba al Oriente muy recio facía las dos bocas que arriba dije; y entonces conjuré que los hilos de la corriente y aquellas lomas que salían y entraban en estas bocas con aquel rugir tan fuerte, que era pelea del agua dulce con la salada. La dulce empujaba a la otra para que no entrase y la salada por que la otra no saliese; y conjeturé que allí donde son estas dos bocas que algún tiempo sería tierra continua a la isla de la Trinidad con la tierra de Gracia, como podrán ver Vuestras Altezas por la pintura de lo que con ésta les envió. Salí yo por esta boca del Norte y hallé que el agua dulce siempre vencía, y cuando pasé, que fue con fuerza de viento, estando en una de aquellas lomas, hallé en aquellos hilos de la parte de dentro el agua dulce y de fuera salada.

Cuando yo navegué de España a las Indias fallé luego, en pasando cien leguas a Poniente de los Azores, grandísimo mudamiento en el cielo e en las estrellas y en la temperancia del aire y en las aguas de la mar, y en esto he tenido mucha diligencia en la experiencia.

Fallo que de Septentrion en Austro, pasando las dichas cien leguas de las dichas islas, que luego en las agujas de marear, que fasta entonces nordesteaban, noruestean una cuarta de viento de todo entero; y esto es allegando allí a aquella línea, como quien traspone una cuesta, y asimesmo fallo la mar toda llena de hierba de una calidad que parece ramitos de pino y muy cargada de fruta como de lantisco, y es tan espesa que al primer viaje pensé que era bajo y que daría en seco con los navíos, y hasta llegar con esta raya no se falla un solo ramito. Fallo tambien, en llegando allí, la mar muy suave y llana, y bien que vente recio nunca se levanta. Asimismo hallo dentro de la misma raya, hacia Poniente, la temperancia del cielo muy suave, y no discrepa de la cantidad quier sea invierno, quier sea en verano. Cuando allí estoy, hallo que la estrella del Norte escribe un circulo, el cual tiene en el diámetro cinco grados y, estando las guardas en el brazo derecho, entonces está la estrella en el más bajo, y se va alzando fasta que llega al brazo izquierdo, y entonces está cinco grados; y de allí se va abajando fasta llegar a volver otra vez al brazo derecho.

Yo allegué agora de España a la Isla de la Madera y de allí a la Canaria y dende a las islas de Cabo Verde, de adonde cometí el viaje para evegar al Austro fasta debajo la linea equinoccial, como ya dije. Allegando a estar en derecho con el paralelo que pasa por la Sierra Leona en Guinea, fallo tan grande ardor y los rayos del sol tan calientes que pensaba de quemar, y bien me lloviese y el cielo fuese muy turbado, siempre yo estaba en esta fatiga, fasta que Nuestro Señor proveyó de



buen viento y a mí puso en voluntad que yo navegase al Occidente con este esfuerzo, que, en llegando a la raya de que yo dije, que allí fallaría mudamiento en la temperancia. Después de que yo emparejé a estar en derecho de esta raya, luego fallé la temperancia del cielo muy suave, y cuanto más andaba adelante más multiplicaba; más no fallé conforme a esto las estrellas.

Fallé allí que, en anocheciendo, tenía yo la estrella del Norte alta cinco grados, y entonces las guardas estaban encima de la cabeza, y después a la media noche, fallaba la estrella alta diez grados, y en amaneciendo que las guardas estaban en los pies quince.

La suavidad de la mar fallé conforme, más no en la hierba: en esto de la estrella del Norte tomé grande admiración, y por esto muchas noches con mucha diligencia tornaba yo a reprecirla vista de ella con el cuadrante, y siempre fallé que caía el plomo y hilo a un punto.

Por cosa nueva tengo yo esto, y podrá ser que será tenida que en poco espacio haga tanta diferencia el cielo.

Yo siempre leí que el mundo, tierra e agua, era esférico, e las autoridades y experiencias que Tolomeo y todos los otros escribieron de este sito daban e amostraban para ello, así por eclipses de la Luna y otras demostraciones que hacen de Oriente fasta Occidente, como de la elevación del Polo de Septentrion en Austro. Agora vi tanta disconformidad, como ya dije, y por esto me puse a tener esto del mundo, y falle que no era redondo en la forma que escriben; salvo que es de la forma de una pera que es toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón, que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar de ella fuese como una teta de mujer allí puesta, y que esta parte de este pezón sea la más alta e más propinca al cielo y sea debajo la línea equinoccial y en esta mar oceana en fin del Oriente. Llamo yo fin de Oriente adonde acaba toda la tierra e islas, e para ello allego todas las razones sobreescritas de la raya que pasa al Occidente de las islas de los Azores cien leguas de Septentrion en Austro, que, en pasando de allí al Poniente, ya van los navíos alzándose hacia el cielo suave, y entonces se goza de más suave temperancia y se muda el aguja de marear por causa de la suavidad de esa cuarta de viento, y cuanto más va adelante e alzándose más noruestea, y esta altura causa el desviar del círculo que escribe la estrella del Norte con las guardas, y cuanto más pasare junto con la línea equinoccial, más se subiran en alto y más diferencia habrá en las dichas estrellas en los círculos de ellas. Y Tolomeo y los otros sabios que escribieron de este mundo creyeron que era esférico, creyendo que este hemisferio que fuese redondo como aquel de allá donde ellos estaban, el cual tiene el centro en la isla de Arín, que es debajo la línea equinoccial entre el sino Arábico y aquel de Persia, y el círculo pasa sobre el Cabo de San Vicente en Portugal por el Poniente y pasa en Oriente por Cangara y por las Seras, en el cual el hemisferio no hago yo que hay ninguna dificultad, salvo que sea esférico redondo como ellos dicen. Más este otro digo que es como sería la mitad de la pera bien redonda, la cual toviere el pezón alto como yo dije o como una teta de mujer en una pelota redonda; así que de esta media parte non hobo noticia Tolomeo ni los otros que escribieron del mundo, por se muy ignoto; solamente hicieron raíz sobre el hemisferio adonde ellos estaban, que es redondo esférico, como arriba dije. Y agora que vuestras Altezas lo han mandado navegar y buscar y descubrir, se muestra evidentísimo, porque, estando yo en este viaje al Septentrion veinte grados de la línea equinoccial, allí era en derecho de Hargín e de aquellas tierras: e allí es la gente negra e la tierra muy quemada, y después que fui a las islas de Cabo Verde, allí en aquellas tierras es la gente mucho más negra, y cuanto más alto se van al Austro tanto más llegan al extremo, en manera que allí en derecho donde yo estaba, que es la Sierra Leoa, adonde se me alzaba la estrella del Norte en anocheciendo cinco grados, allí es la gente negra en extrema cantidad,

y después de allí navegué al Occidente tan extremos calores, y, pasada la raya de que yo dije, fallé multiplicar la temperancia, andando en tanta cantidad que cuando yo llegué a la isla de la Trinidad, adonde la estrella del Norte en anocheciendo también se me alzaba cinco grados, allí en la tierra de Gracia hallé temperancia suavísima y las tierras y árboles muy verdes y tan hermosos como en abril en las huertas de Valencia; y la gente de allí de muy linda estatura y blancos más que otros que haya visto en las Indias, e los cabellos muy largo y llanos, e gente más estuta e de mayor ingenio e no cobardes.

Entonces era el sol en Virgen, encima de nuestras cabezas e suyas, así que todo esto procede por la suavísima temperancia que allí es, la cual procede por estar más alto en el mundo más cerca del aire que cuento; y así me afirmo que el mundo no es esférico, salvo que tiene esta diferencia que ya dije: la cual es en este hemisferio adonde caen las Indias e la mar Océana, y el extremo de ello es debajo la línea equinoccial, y ayuda mucho a esto que sea así, porque el Sol, cuando Nuestro Señor lo hizo, fue en el primer punto de Oriente o la primera luz que fue aquí en Oriente, allí donde es el extremo de la altura de este mundo. Y bien que el parecer de Aristótel fuese que el polo Antártico o la tierra que debajo de él sea la más alta parte en el mundo y más propinqua al cielo, otros sabios le impugnan diciendo que es esta que es debajo del Artico, por las cuales razones parece que entendían que una parte de este mundo debía de ser propinqua y noble al cielo que otra, y no creyeron en esto que sea debajo del equinoccial por la forma que yo dije, y no es maravilla, porque de este hemisferio non se hobiese noticia cierta, salvo muy liviana y por argumento, porque nadie nunca lo ha andado ni enviado a buscar hasta agora que Vuestras Altezas le mandaron explorar e descubrir la mar y la tierra.

Fallo que de allí de estas dos bocas, las cuales, como yo dije, están frontero por línea del Septentrion en Austro, que haya de la una a la otra veintiseis leguas, y no pudo haber en ello yerro, porque se midieron con cuadrante, y estas dos bocas de Occidente fasta el golfo que yo dije, al cual llamé de las Perlas, que son sesenta e ocho leguas de cuatro millas cada una, como acostumbramos en el mar, y que de allá de este golfo corre de continuo el agua muy fuerte hacia el Oriente, y que por esto tienen aquel combate estas dos bocas con la salada. En esta boca de Austro a que yo llamé de la Sierpe, fallé, en anocheciendo, que yo tenía la estrella del Norte alta cuasi cinco grados, y en aquella otra del Septentrion a que yo llamé del Drago, eran cuasi siete, y fallo que el dicho golfo de las Perlas está occidental al Occidente de el [\* Vacío en el original] de Tolomeo cuasi a tres mil a novecientas millas, que son cuasi setenta grados equinociales, contando por cada uno cincuenta y seis millas e dos tercios.

La Sacra Escripura testifica que Nuestro Señor hizo al Paraiso Terrenal y en él puso el árbol de la vida, y de él sale una fuente de donde resultan en este mundo cuatro ríos principales: Ganges en India, Tigris y Eufrates: en [\* Vacío en el texto original] los cuales apartan la sierra y hacen la Mesopotamia y van a tener en Persia, y el Nilo que nace en Etiopía y va en la mar en Alejandría.

Y no hallo ni jamás he hallado escriptura de latinos ni griegos que certificadamente diga el sitio en este mundo del Paraiso Terrenal, ni he visto en ningún mapamundo, salvo, situado con autoridad de argumento. Algunos la ponían allí donde son las fuentes del Nilo en Etiopía; mas otros anduvieron todas estas tierras y no hallaron conformidad de ello.





*Una de las primeras panorámicas de las islas descubiertas por Colón, según su relato, Basilea, 1493*

En la temperancia del ciclo, en la altura hacia el cielo, porque se pudiese comprender que él era allí, ni que las aguas del diluvio hobiesen llegado allí, las cuales subieron encima, etc. Algunos gentiles quisieron decir por argumentos que él era en las islas Fortunatas, que son las Canarias, etc.

San Isidro y Beda y Strabo y el maestro de la historia escolástica y San Ambrosio y Scoto y todos los sanos teólogos conciertan que el Paraíso Terrenal es en Oriente, etc.

Ya dije lo que yo hallaba de este hemisferio y de la hechura, y creo que si yo pasara por debajo de la línea equinoccial; en llegado allí, en esto que más alto que fallara muy mayor temperancia y diversidad en las estrellas y en las aguas; no porque yo crea que allí donde es el altura del extremo sea navegable ni agua, ni que se pueda subir allá porque creo que allí es el Paraíso Terrenal, adonde no puede llegar nadie, salvo por voluntad divina. Y creo que esta tierra que agora mandaron descubrir Vuestras Altezas sea grandísima y haya otras muchas en el Austro de que jamas se hobo noticia.

Yo no tomo que el Paraíso Terrenal sea en forma de montaña áspera como el escrebir de ellos nos amuestra, salvo que él sea en el colmo allí donde dije la figura del pezón de la pera y que poco a poco, andando hacia allí, desde muy lejos se va subiendo a él; y creo que nadie no podría llegar al colmo como yo dije, y creo que pueda salir de allí esa agua, bien que sea lejos y venga a parar allí donde yo vengo y faga este lago. Grandes indicios son éstos del Paraíso Terrenal, porque el sitio es conforme a la opinión de estos santos e sanos teólogos, y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí no oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro e vecina con la salada; y en ello ayuda asimismo la suavísima temperancia. Y se de allí del Paraíso no sale, parece un mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan fondo.

Después que yo salí de la boca del Dragón, que es la una de las dos aquellas del Septentrión a la cual así puse nombre, el día siguiente, que fue día de Nuestra Señora de Agosto, fallé que corría tanto la mar al Poniente que después de hora de misa, que entré en camino, anduve fasta hora de completas sesenta y cinco leguas de cuatro millas cada una, y el viento no era demasiado, salvo muy suave. Y esto ayuda el conocimiento que de allí yendo al Austro se va más alto, y andando hacia el Septentrión, como entonces, se va descendiendo.

Muy conocido tengo que las aguas de la mar llevan su curso de Oriente a Occidente con los cielos, y que allí, en esta comarca, cuando pasan llevan más veloces camino, y por esto han comido tanta parte de la tierra. Porque por eso son acá tanta islas, y ellas mismas hacen de esto testimonio, porque todas a una mano son largas de Poniente a Levante y Norueste a Sueste, que es un poco más alto e bajo, y angosta de Norte a sur y Nordeste Sudueste, que son en contrario de los otros dichos vientos, y aquí en ellas todas nacen cosas preciosas, por la suave temperancia que les procede del cielo, por estar hacia el más alto del mundo. Verdad es que parece en algunos lugares que las aguas no hagan este curso; más esto no es, salvo particularmente en algunos lugares donde alguna tierra le está al encuentro y hace parecer que andan diversos caminos.

Plinio escribe que la mar e la tierra hace todo una esfera, y pone que esta mar oceána sea la mayor cantidad del agua, y está hacia el cielo, que la tierra está debajo y que lo sostenga, y mezclado es uno con otro como el amago de la nuez con una tela gorda que va abrazado en ello. El maestro de la historia escolástica sobre el Génesis dice que las aguas son muy pocas, que bien que cuando fueron criadas que cobijasen toda la tierra, que eran vaporables en manera de niebla y que después

que fueron sólidas e juntadas, que ocuparon muy poco lugar, y en esto cocierta Nicolao de Lira. El Aristótel dice que este mundo es pequeño y es el agua muy poca y que fácilmente se puede pasar de España a las Indias, y esto confirma el Avenruyz y le alega el Cardenal Pedro de Aliaco, autorizando este decir y aquel de Séneca, el cual conforma con éstos diciendo que Aristóteles pudo saber muchos secretos del mundo a causa de Alejandro Magno, y Séneca a causa de César Nero y Plinio por respecto de los romanos, los cuales todos gastaron dineros e gente y pusieron mucha diligencia en saber los secretos del mundo y darlos a entender a los pueblos; el cual cardenal da a éstos grande autoridad más que a Tolomeo ni a otros griego ni árabes, y a confirmación de decir que el agua se poca y que el cubierto del mundo de ella sea poco, al respecto de lo que se decía por autoridad de Tolomeo y de sus secuases: A esto trae autoridad de Esdras del tercero libro suyo, adonde dice que de siete partes del mundo las seis son descubiertas y la una es cubierta de agua, la cual autoridad es aprobada por santos, los cuales dan autoridad al tercero e cuarto libro de Esdras, así como es S. Agustín e S. Ambrosio en su Exameron, adonde alega allí vendrá mi hijo Jesús e morirá mi hijo Cristo, dicen que Esdras fue profeta, y asimismo Zacarías, padre de S. Juan, y el braso Simón, las cuales autoridades también alega Francisco de Mairones: en cuanto en esto del enjuto de la tierra mucho se ha experimentado que es mucho más de lo que el vulgo crea; y no es maravilla, porque andando más, más se sabe.

Torno a mi propósito de la tierra de Gracia y río y lago que allí fallé, atán grande que más se le puede llamar mar que lago, porque lago es lugar de agua, y en seyendo grandes se dice mar como se dijo a la mar de Galilea y al mar muerto, y digo que si no procede del Paraíso Terrenal queviene este río y procede de tierra infinita, pues el Austro, de la cual fasta agora no se habido noticia, mas yo muy asentado tengo en el ánima que allí adonde dije es el Paraíso Terrenal y descanso sobre razones y autoridades sobrescriptas.

Pluga a Nuestro Señor de dar mucha vida y salud y descanso a Vuestras Altezas para que puedan proceguir esta tan noble empresa, en la cual me parece que recibe Nuestro Señor mucho servicio y la España crece de mucha grandeza y todos los cristianos mucha cosolación y placer, porque aquí se divulgará el nombre de Nuestro Señor, y en todas las tierras adonde los navíos de Vuestras Altezas van y en todo cabo mando plantar una cruz y a toda la gente que hallo notifico el estado de Vuestras Altezas y cómo su asiento es en España, y les digo de nuestra santa fe todo lo que yo puedo, y de la creencia de la Santa Madre Iglesia, la cual tiene sus miembros en todo el mundo, y les digo la policía y nobleza de todos los cristianos y la fe que en la Santa Trinidad tiene; y plega a Nuestro Señor de tirar de memoria a las personas que han impugnado y impugnan tan excelente empresa y impiden y impidieron por que no vaya adelante, sin considerar cuánta honra y grandeza es del real estado de Vuestras Altezas en todo el mundo. No saben que entreponer a maldecir de esto, salvoque se hace gasto en ello y porque luego no enviaron los navíos lleno de oro, sin considerar la brevedad del tiempo y tantos inconvenientes como acá se han habido, y no considerar que en Castilla, en casa de Vuestras Altezas, salen cada año personas que por su merecimiento ganaron en ella más renta, cada uno de ellos más de lo que es necesario que se gaste en esto; así mesmo sin considerar que ningunos príncipes de España jamás ganaron tierra alguna fuera de ella, salvo agora que Vuestras Altezas tienen acá otro mundo, de adonde puede ser acrecentada nuestra santa fe y de donde se podrán sacar tantos provechos, que bien que no se hayan enviado los navíos cargados de oro, se han enviado suficiente muestras de ello y de otras cosas de valor, por donde se puede juzgar que en breve tiempo se podrá haber mucho provecho, y sin mirar el gran corazón de los príncipes de Portugal, que hatanto tiempo que prosiguen la empresa de Guinea y prosiguen aquella de Africa, adonde han gastado la mitad de la gente de su reino, y agora está el



*Colón desembarca en Guanahani, el actual Haití. Según grabado procedente del primer relato del descubridor. Basilea, 1493*

Rey más determinado a ello que nunca, Nuestro Señor provea en esto como yo dije y les ponga en memoria considerar de todo esto que va escrito, que no es de mil partes la una de lo que yo podría escribir de cosas de príncipes que se ocuparon a saber y conquistar y sostener.

Todo esto dije y no porque crea que la voluntad de Vuestras Altezas sea salvo proseguir en ello en cuanto vivan, y tengo por muy firme lo que me respondió Vuestras Altezas una vez que por palabra le decía de esto, no porque yo hobiese visto mudamiento ninguno en Vuestras Altezas, salvo por temor de lo que yo oía de estos que yo digo, y tanto da una gotera de agua en una piedra que le hace un agujero; y Vuestras Altezas me respondió con ese corazón que se sabe en todo el mundo que tienen, y me dijo que no curase de nada de eso, porque su voluntad era de proseguir esta empresa y sostenerla, aunque no fuese sino piedras y peñas y que el gasto que en ello se hacía que lo tenía en nada, que en otras cosas no tan grandes gastaban mucho más, y que lo tenían todo por muy bien gastados lo del pasado y lo que se gastase en adelante, porque creín que nuestra fe sería acrecentada y su real señorío ensanchado, y que no eran amigos de su real estado aquellos que les maldecían de esta empresa. Y agora, entre tanto que vengan noticias de esto, de estas tierras que agora nuevamente he descubierto, en que tengo sentado en el ánimo que allí es el Paraíso Terrenal, irá el Adelantado con tres navíos bien ataviados para ello a ver más adelante, y descubrirán todo lo que pudieren hacia aquellas partes. Entre tanto, yo enviaré a Vuestras Altezas esta escritura y la pintura de la tierra, y acordaran lo que en ello se deba facer y me enviarán a mandar, y se cumplirá con la ayuda de la Santa Trinidad con toda diligencia en manera que Vuestras Altezas sean servidos y hayan placer. **Deo gracias.**

[Fuente: Martín Fernández de Navarrete. *Viajes de Cristóbal Colón*. Madrid, Espasa-Calpe, 1941; pp. 207-237].

## 2. AMERICO VESPUCCI El Nuevo Mundo

Otro italiano, esta vez el florentino Américo Vespucio, sería el encargado de notificar a Europa sobre las tierras e islas que se encontraron navegando por occidente, y a quien correspondería la gloria de comprobar la existencia de un Nuevo Mundo y el honor de que éste fuera designado con su nombre. Hacia 1480 entró al servicio de la Casa de los Médicis, dedicándose al comercio con su patrón Lorenzo di Pier Francesco de Médicis. Desde un comienzo estuvo vinculado a la expansión ultramarina castellana, pues en 1492 se encontraba en Sevilla con uno de los banqueros de los Médicis, Juanoto Berardi, quien intervino en el flete y apresto de las escuadras de Colón; y por fallecimiento de éste, a Américo Vespucio correspondió armar los navíos del tercer viaje colombino.

El ambiente marítimo de entonces sedujo a Vespucio para incursionar también en la navegación, realizando estudios por cuenta propia sobre náutica y cosmografía. Así, en 1499 se incorpora al viaje de Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa, expedición que recorrió la ruta del tercer viaje de Colón, avanzando por la costa norte de lo que sería Venezuela, nombre derivado del de "pequeña Venecia", dado por Vespucio a los palafitos indígenas localizados en el lago de Maracaibo. El Rey de Portugal, conociendo sus habilidades de cosmógrafo, lo incluye en la armada que envía en 1501 al Brasil, quedando al final al mando de la misma, pudiendo extender la navegación hasta las costas de lo que luego se llamaría la Patagonia. Cuatro años más tarde volvió a España, donde adquirió la naturalización en el reino de Castilla, entrando al servicio de los Reyes Católicos. Con su fama de marino y cosmógrafo participó en importantes decisiones sobre las expediciones menores, logrando el nombramiento en 1508 de Piloto Mayor de la Casa de Contratación de Sevilla, cargo que ocupó hasta su muerte en aquella ciudad en 1512.<sup>1</sup>

Los viajes de Américo Vespucio se conocen a través de varias Cartas, algunas de las cuales han sido objeto de una controversia historiográfica, todavía no resuelta, que pone en duda "...su origen, sus circunstancias, sus fechas, las navegaciones que relatan, sus omisiones, los derroteros que señalan y hasta los destinatarios...".<sup>2</sup> Controversia en la que en algunos casos se aprecia una inflexible animosidad orientada a ubicar a Vespucio después de Colón. No pretendemos en esta nota asumir una posición al respecto, pues nuestro interés se limita a comentar los aspectos resaltantes de dos de esas cartas, reconocidas por los especialistas como las difusoras en Europa de la idea de un Nuevo Mundo, y de las cuales se derivará también el nombre de América, como se verá más adelante. Nos referimos a la impresa en latín con el título de *Mundus Novus* y la impresa en italiano conocida como la *Lettera*.

*Mundus Novus* se publicó en latín y también en italiano; aunque no contiene fecha de expedición, se piensa que debió ser escrita entre septiembre de 1502 y mayo de 1503, dirigida a Lorenzo di Pier Francesco de Medicis. En esta carta Américo Vespucio narra lo que se ha considerado su tercer viaje, de 1501 a 1502, al servicio de Portugal: alaba la tierra, la flora, la fauna, las costumbres, viviendas, alimentación y condiciones físicas de los indígenas, todo expresado en forma majestuosa y exuberante, a tal punto que se creía –como Colón– cerca del Paraíso Terrenal. Esta carta tuvo una gran difusión en Europa, pues se hicieron doce ediciones a finales de 1503 y hasta cincuenta en los años siguientes, traduciéndose a varios idiomas. Su importancia consistió en la identificación de las tierras descubiertas como un Nuevo Mundo, pudiendo

---

<sup>1</sup> Sobre la vida y viajes de Vespucio remitimos a M. Fernández de Navarrete: "Noticias exactas de Américo Vespucio. Y reflexiones críticas sobre las relaciones de sus viajes", en *Viajes de Américo Vespucio*. Madrid, Espasa Calpe, 1941, pp. 173-201; Roberto Levillier: *América la bien llamada*. Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft, 1948, Vol. I, pp. 87-138 y Vol. II; Américo Vespucio: *El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos* (Estudio Preliminar de Roberto Levillier). Buenos Aires, Editorial Nova, 1951; y Germán Arciniegas: *Américo y el Nuevo Mundo*. México, Editorial Hermes, 1956; y al artículo de Ramón Ezquerro sobre Américo Vespucio en *Diccionario de Historia de España*. Madrid, Alianza Editorial, 1981; Vol. 3, pp.972-976.

<sup>2</sup> Roberto Levillier en el citado Estudio Preliminar, p. 13.



Américo Vesputio

*demostrar con alegatos contundentes que los territorios recorridos desde el Brasil hasta la Patagonia nada tenían que ver con las islas del proyecto colombino y mucho menos con el continente asiático, como lo había ofrecido el Almirante genovés. Estas afirmaciones de Vespucio resultaron en la mente de los europeos mucho más deslumbradoras que la revelación supuestamente asiática de Colón, pues se trataba de una nueva parte del mundo, distinta a Europa, Africa y Asia. De allí que es acertada la apreciación de Edmundo O'Gorman cuando dice: "...Colón salió a probar que existía un continente austral desconocido y regresó con la idea de que todo era Asia; Vespucio salió a comprobar que todo era Asia y volvió con la idea de que había un continente austral desconocido..."<sup>3</sup>*

*La Lettera o Lettera di Amerigo Vespucci delle isole nuovamente trovate in quatro suoi viaggi, datada en Lisboa en 1504, fue dirigida al gonfalonero perpetuo de la República de Florencia, Pier Soderini, antiguo condiscípulo de Vespucio. Su propósito era referir cada uno de sus cuatro viajes; y aunque de menor difusión que la anterior carta, pues fue editada en italiano por primera vez en 1506 con una traducción al latín, tuvo una gran importancia por su publicación bajo el título de *Quatuor Americi Vespuccii Navigationes*, en la *Cosmographiae Introductio* del cosmógrafo lorenés Martín Waldseemüller, quien en honor al navegante florentino llamaría a su Nuevo Mundo con el nombre de América, como se referirá posteriormente.*

## EL NUEVO MUNDO

¿1503?

### AMERICO VESPUCIO A LORENZO PEDRO DE MEDICIS, SALUD:

Días pasados muy ampliamente te escribí sobre mi vuelta de aquellos nuevos países, los cuales, con la armada y a expensas y por mandato de este serenísimo rey de Portugal hemos buscado y descubierto; los cuales Nuevo Mundo nos es lícito llamar, porque en tiempo de nuestros mayores de ninguno de aquéllos se tuvo conocimiento, y para todos aquellos que lo oyeran será novísima cosa, ya que esto excede la opinión de nuestros antepasados, puesto que de aquéllos la mayor parte dice que más allá de la línea equinoccial y hacia el mediodía no hay continente, sólo el mar, al cual han llamado Atlántico; y si alguno de aquéllos ha afirmado que había allí continente, han negado, con muchas razones, que aquélla fuera tierra habitable. Pero que esta opinión es falsa y totalmente contraria a la verdad, lo he atestiguado con esta mi última navegación, ya que en aquella parte meridional yo he descubierto el continente habitado por más multitud de pueblos y animales [que] nuestra Europa, o Asia o bien Africa, y aún el aire más templado y ameno que en otras regiones por nosotros conocidas, como más abajo sabrás, dónde brevemente sólo de las cosas principales escribimos y las más dignas de anotarse y de recordar, las cuales fueron en este nuevo mundo por mí vistas o bien oídas, como más adelante serán referidas.

<sup>3</sup>

Edmundo O'Gorman: *La Invención de América...*, p. 63.



### *Orden de la navegación con una grandísima fortuna*

Con feliz navegación a 14 días del mes de mayo de 1501 partimos de Lisboa, por orden del mencionado rey, con 3 naves a buscar nuevos países hacia el austro, y navegamos 20 meses continuamente hacia el mediodía. De la cual navegación el orden es así. Nuestra navegación fué por las islas Afortunadas, así antes nombradas, pero al presente se llaman islas de Gran Canaria, las cuales están en el tercer clima y en los confines del occidente habitado. Luego por el océano recorrimos todo el litoral africano y parte etiópico hasta el promontorio Etíope, así por Tolomeo nombrado, el cual ahora por los nuestros se llama Cabo Verde y por los etiopes Biseghier, y aquel país Mandraga, en los 14 grados dentro de la zona tórrida de la línea equinoccial hacia la septentrional, la cual por gentes y pueblos negros está habitada. Allí recuperadas las fuerzas y las cosas necesarias a nuestra navegación, levamos anclas y desplegamos las velas a los vientos; y tomamos nuestro viaje por el anchísimo océano hacia el polo antártico, un poquito hacia el occidente por el viento al cual se llama boltorno: y desde el día que partimos del dicho promontorio, navegamos por espacio de dos meses y 3 días, antes que ninguna tierra apareciera ante nosotros. Lo que verdaderamente sufrimos en aquella inmensidad de mar, qué peligros de naufragios [y cuántas incomodidades físicas padecimos, cuántas ansiedades afligieron nuestra alma], lo dejo a la estimación de aquellos que han conocido bien la experiencia de muchas cosas y de lo que significa buscar lo incierto y aún desconocido. Para que, en una palabra, narre brevemente todas las cosas, sabe que de 67 días que navegamos continuamente, 44 los tuvimos con lluvia, truenos y relámpagos, de tal modo oscuro que nunca vimos ni el sol de día, ni serena la noche. Por todo lo cual nos entró tan gran pavor que ya casi toda esperanza de vida habíamos perdido. En estas verdaderamente tan terribles borrascas del mar y del cielo, plugo al Altísimo mostrar ante nosotros el continente y nuevos países y un otro mundo desconocido. La cual cosa vista nos alegramos tanto como suele ocurrir a aquellos que de múltiples calamidades y de adversa fortuna salen con salud. Exactamente el día 7 de agosto de 1501 surgimos en las costas de aquellos países, agradeciendo a Dios nuestro señor con solemnes súplicas y celebrando una misa cantada. Allí conocimos que aquella tierra no era isla sino continente, porque se extiende en larguísimas playas que no la circundan y de infinitos habitantes estaba repleta. Y descubrimos en aquella mucha gente y pueblos y toda generación de animales silvestres, los cuales no se encuentran en nuestros países, y muchos otros nunca vistos por nosotros y a los cuales sería largo referirse uno a uno. Muchas cosas por la clemencia de Dios nos fueron dadas cuando a aquella región nos acercamos; porque como la leña y el agua nos faltaba, por pocos días podíamos prolongar la vida en el mar. A él el honor y la gloria y la acción de gracias.

### *Distancia desde el Cabo Verde al continente descubierto*

Convinimos navegar siguiendo el litoral de este continente hacia oriente y no perderlo nunca de vista y en seguida anduvimos tanto tiempo que llegamos a un golfo donde el litoral vuelve hacia mediodía y desde aquel lugar, donde primero tocamos tierra, hasta este golfo había cerca de 300 leguas. En esta parte de la navegación muchas veces descendimos a tierra, y conversábamos amigablemente con aquella gente, como luego sabrás. Había olvidado escribirte que desde el promontorio de Cabo Verde hasta el principio de este continente hay cerca de 700 leguas, aunque yo estimo que nosotros navegamos más de mil ochocientas, parte por ignorancia de los lugares y del piloto, y parte por la tempestad y los vientos los cuales impedían nuestro recto viaje empujándonos de una parte a otra y si los compañeros no hubiesen reconocido mi ánimo y que me era conocida la cosmografía, no había piloto o verdadero guía de la navegación, que a 500 leguas supiese dónde

estábamos. Pues íbamos extraviados y errantes y los instrumentos únicamente nos señalaban con exactitud la verdad de los altos cuerpos celestes: y éstos eran el cuadrante y el astrolabio como todos sabemos. Y así desde entonces grandemente me han honrado. Pues les he mostrado que sin conocimiento de la carta de navegación [la ciencia de la navegación más comprendía] que todos los pilotos del universo mundo, ya que aquéllos no tienen noticia sino de los lugares que muchas veces han navegado. Donde verdaderamente el dicho seno de la tierra nos mostró la vuelta del litoral hacia el mediodía, convinimos excluírlo de nuestra navegación y buscar qué cosa había en aquellos países. Pues que navegamos siguiendo el litoral cerca de 600 leguas, y muchas veces descendimos a tierra y hablábamos y nos comunicábamos con los del país, y éramos recibidos por aquéllos fraternalmente, y alguna vez estuvimos con ellos 15 y 20 días continuos amigablemente y hospitalariamente, como sabrás luego.

De este continente una parte está en la zona tórrida más allá de la línea equinoccial hacia el polo antártico, ya que su principio comienza a los 8 grados más allá de esa equinoccial. Siguiendo esta playa tan largo tiempo navegamos que pasado el trópico de Capricornio encontramos el polo antártico en su horizonte más alto 50 grados, y estuvimos cerca de ese círculo antártico en los 17 grados y medio. Y lo que allí he visto y conocido de la naturaleza de aquella gente y de sus costumbres y su afabilidad, y la fertilidad de la tierra, de la salubridad del aire, de la disposición del cielo y de los cuerpos celestes y principalmente de las estrellas fijas de la 8a. esfera por nuestros mayores nunca vistas o no tratadas, más abajo narraré.

#### *Naturaleza y costumbre de aquella gente*

Primeramente pues, en cuanto a la gente. En aquellos países hemos encontrado tal multitud de gente que nadie podría enumerar, como se lee en el Apocalipsis, gente, digo, mansa y tratable. Y todos de uno y otro sexo van desnudos, no se cubren ninguna parte del cuerpo, y así como han salido del vientre de la madre así hasta la muerte van. Tienen cuerpos grandes, bien plantados, bien dispuestos y proporcionados y de color tirando al rojo, lo cual pienso les acontece porque andando desnudos son teñidos por el sol. Y tienen los cabellos abundantes y negros. Son ágiles en el andar y en los juegos y de una franca y hermosa cara, que ellos mismos destruyen. Pues se perforan las mejillas y los labios y las narices y las orejas; y no se crea que aquellos agujeros sean pequeños o también que tuvieran uno sólo: pues he visto muchos, los cuales tienen, en la cara solamente, 7 perforaciones, cada una de las cuales tenía el tamaño de una ciruela; y cierran ellos estos agujeros con piedras cerúleas, marmóreas, cristalinas y de alabastro, bellísimas y con huesos blanquísimos y otras cosas artificiosamente labradas según su costumbre; si vieses cosa tan insólita y a un monstruo semejante, ésto es un hombre que tiene sólo en las mejillas y en los labios 7 piedras, de las cuales muchas son del tamaño de medio palmo, no dejarías de admirarte. Pues muchas veces he considerado y señalado el peso de estas 7 piedras en 16 onzas, sin contar que en cada oreja tienen otras piedras pendientes en anillo de 3 orificios; y esta costumbre es sólo de los hombres; pues las mujeres no se agujerean la cara sino sólo las orejas. Otra costumbre hay entre ellos muy atroz y fuera de todo credulidad humana. Pues siendo sus mujeres lujuriosas hacen hinchar los miembros de sus maridos de tal modo que parecen deformes y brutales y esto con un cierto artificio suyo y la mordedura de ciertos animales venenosos; y por causa de esto muchos de ellos lo pierden y quedan eunucos. No tienen paños de lana ni de lino ni aún de bombasí porque nada de ello necesitan. Ni tampoco tienen bienes propios, pero todas las cosas son comunes. Viven juntos sin rey, sin autoridad y cada uno es señor de sí mismo. Toman tantas mujeres cuantas quieren, y el hijo se mezcla con la madre, y el

hermano con la hermana, y el primo con la prima y el viandante con cualquiera que se encuentra. Cada vez que quieren deshacen el matrimonio y en esto ninguno observa orden. Además no tienen ninguna iglesia, ni tienen ninguna ley ni siquiera son idólatras. ¿Qué otra cosa diré? Viven según la naturaleza, y pueden llamarse más justamente epicúreos que estoicos. No son entre ellos comerciantes ni mercan cosa alguna. Los pueblos pelean entre sí sin arte y sin orden. Los viejos con ciertas peroraciones inclinan a los jóvenes a lo que ellos quieren, y los incitan a la batalla, en la cual cruelmente juntos se matan: y aquellos que en la batalla resultan cautivos, no vivos sino para su alimento les sirven, en ocasión de ser matados; pues que unos a otros los vencedores se comen a los vencidos y de la carne, la humana es entre ellos alimento común. Ésta es cosa verdaderamente cierta; pues se ha visto al padre comerse a los hijos y a la mujer: y yo he conocido a un hombre, con el cual he hablado, del que se decía había comido más de 300 cuerpos humanos. Y aún estuve 27 días en una cierta ciudad, donde vi en las casas la carne humana salada y colgada de las vigas, como entre nosotros se usa ensartar el tocino y la carne de cerdo. Digo mucho más: que ellos se maravillan porque nosotros no matamos a nuestros enemigos, y no usamos su carne en las comidas, la cual dicen ser sabrosísima. Sus armas son el arco y la flecha: y cuando se enfrentan en batalla, no se cubren ninguna parte del cuerpo para defenderse, de modo que aún en esto son semejantes a las bestias. Nosotros, cuando nos ha sido posible, nos hemos esforzado en disuadirlos y en cambiar estas costumbres perversas, que nos prometieron abandonar. Las mujeres, como te he dicho, aunque andan desnudas y son libidinosas, no tienen nada defectuoso en sus cuerpos, hermosos y limpios, ni tampoco son tan groseras como alguno quizá podría suponer, porque aunque son carnosas, falta a la par de ello la fealdad, la cual en la mayor parte está disimulada por la buena estatura. Una cosa nos ha parecido milagrosa, que entre ellas ninguna tuviera los pechos caídos; y las que habían parido por la forma del vientre y la estrechura no se diferenciaban en nada de las vírgenes, y en las otras partes del cuerpo parecían lo mismo, las cuales por honestidad no las menciono. Cuando con los cristianos podían unirse llevadas de su mucha lujuria, todo el pudor de aquellos manchaban y abatían. Viven 150 años y pocas veces se enferman y si caen en una mala enfermedad a sí mismos se curan con ciertas raíces de hierbas. Éstas son las cosas más notables que conocí acerca de aquéllos. El aire allí es muy templado y bueno y según pude saber por relación de ellos mismos, nunca hubo allí peste o enfermedad alguna, producida por el aire corrompido: y si no se mueren de muerte violenta, viven una larga vida, creo porque allí siempre soplan vientos australes y especialmente aquel que nosotros llamamos euro, el cual significa para ellos lo que para nosotros el aquilón. Se deleitan pescando: y aquel mar es muy apto para pescar, porque es abundante de toda especie de pescados. No son cazadores, pienso, porque habiendo allí muchas generaciones de animales silvestres y principalmente leones y osos, e innumerables serpientes y horribles y deformes bestias, y además selvas grandísimas y árboles de inmenso tamaño, no tienen la osadía de exponerse desnudos, sin defensa alguna ni armas, a tantos peligros.

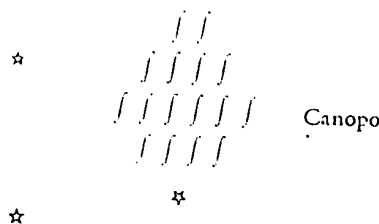
### *Fertilidad de la tierra y calidad del cielo*

La tierra de aquellos países es muy fértil y amena y con muchas colinas, montes e infinitos valles y abundante de grandísimos ríos y de salutíferas fuentes ricas en aguas y dilatadísimas selvas densas e impenetrables y copiosamente llenas de toda generación de fieras. Árboles grandes arraigan allí sin cultivador, de los cuales, muchos frutos son deleitables al gusto y útiles a los humanos cuerpos, otros verdaderamente al contrario: y ningún fruto es allí semejante a los nuestros. Se producen allí innumerables especies de yerbas y raíces, de las cuales hacen pan y óptimas viandas. Y tienen muchas simientes absolutamente distintas a las nuestras. Ninguna especie de metal allí se

encuentra, excepto oro, el cual en aquellos países abunda, aunque nada de ello hemos traído nosotros en esta nuestra primera navegación. Y de esto nos dieron noticias los habitantes, los cuales nos afirmaban que allá tierra adentro había grandísima abundancia de oro, no siendo entre ellos estimado en nada ni tenido en aprecio. Abundan las perlas, como otras veces te he escrito. Si de todas las cosas que allí son dignas de recordar, y de las distintas generaciones de animales y de su multitud quisiera escribir, sería cosa de todos modos prolija y considerable. Y creo ciertamente que nuestro Plinio no haya tocado la milésima parte de las especies de los papagayos y del resto de los otros pájaros e igualmente animales, que están en aquellos mismos países, con tanta diversidad de figuras y de colores que Policeto, el artífice de la perfecta pintura, habría fracasado en pintar a aquéllos. Todos los árboles allí son olorosos y mana de cada uno goma, o también aceite o también cualquier otro licor, de los cuales, si las propiedades nos fueran conocidas no dudo que a los humanos cuerpos serían saludables. Y ciertamente si el paraíso terrestre en alguna parte de la tierra está, estimo que no estará lejos de aquellos países. De los cuales el lugar, como te he dicho, está al mediodía, en tanta templanza de aire que allí nunca se conocen ni los inviernos helados ni los veranos cálidos.

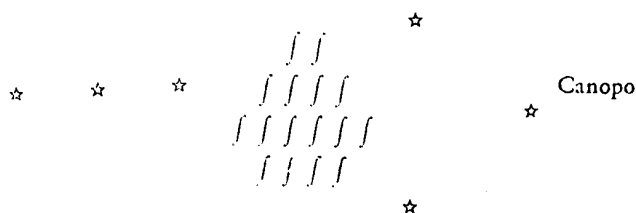
#### *Las estrellas de aquel Polo Antártico*

El cielo y el aire una gran parte del año están serenos y vacíos de densos vapores. En aquel lugar las lluvias caen menudamente y duran por 3 ó 4 horas, y se disipa a semejanza de una niebla. El cielo está adornado de bellísimos signos y figuras, en los cuales yo he notado cerca de 20 estrellas de tanta claridad como algunas veces hemos visto a Venus y a Júpiter. Los movimientos y circuitos de ellas he considerado y he medido la circunferencia y el diámetro simplemente por métodos geométricos, y he conocido ser ellas de mayor magnitud. Vi en aquel cielo 3 Canopes, 2 verdaderamente claros y el otro oscuro. El polo antártico no está representado por la Osa mayor y menor, como nuestro ártico aparece, ni cerca de aquél se ve estrella alguna clara; y de éstas las que son impulsadas con breve órbita alrededor de aquél, 3 son las que tienen la figura del triángulo ortogonal, de las cuales la que está en el medio tiene 9 grados y medio de circunferencia; y cuando éstas surgen por la izquierda se ve un Canope blanco de singular grandeza: cuando llegan a mitad del cielo tienen esta figura:



Después de éstas vienen otras dos, de las cuales la del medio tiene la circunferencia de 12 grados y medio de diámetro y con ellas se ve otro Canope blanco. Y a éste seguían otras 6 estrellas bellísimas y clarísimas entre todas las otras de la octava esfera, de las cuales, en la superficie del firmamento, la del medio tiene la circunferencia de 32 grados de diámetro; y con ellas va un Canope

negro de una gran magnitud, y si se ven en la Vía láctea, cuando están en la línea meridional, tienen esta figura:



#### *Cosas de aquel hemisferio que rechazan los filósofos*

Muchas otras estrellas bellísimas he conocido, de las cuales he anotado diligentemente, y muy bien, los movimientos, en un cierto librito mío que especialmente escribí durante esta navegación, el cual al presente tiene este serenísimo rey, que espero me lo restituirá. En aquel hemisferio he visto cosas no conformes a la razón de los filósofos. La blanca Iris cerca de la medianoche ha sido vista dos veces, no solamente por mí sino por todos los marineros. Asimismo muchas veces hemos visto la luna nueva en el día en que con el sol se conjugaba. En aquella parte del cielo cada noche cruzan en todas direcciones muchísimas exhalaciones y luminarias. Te dije un poco antes: aquel hemisferio, no obstante, hablando con propiedad, no es del todo hemisferio con respecto del nuestro; sin embargo, porque se asemeja a tal forma, así me ha parecido llamarlo.

#### *Forma de la cuarta parte de la tierra descubierta*

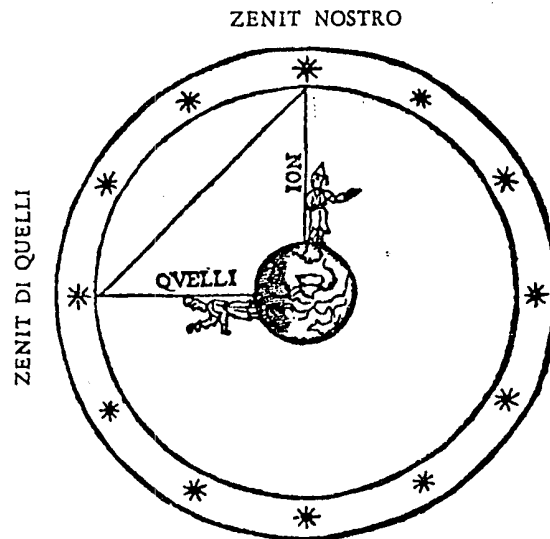
Pues bien, como te he dicho, desde Lisboa donde nosotros partimos, que de la línea equinoccial está distante 39 grados y medio, y navegamos más allá de la línea equinoccial por 50 grados, los cuales unidos hacen 90 grados; la cual suma, alcanza a la cuarta parte del círculo máximo, según la exacta razón del medir dada a nosotros por nuestros antepasados; es pues cosa manifiesta, haber navegado nosotros la cuarta parte del mundo. Y por esta razón nosotros, los que habitamos Lisboa cerca de la línea equinoccial 39 grados y medio de latitud septentrional, estamos encima de aquellos que habitan a los 50 grados de latitud meridional, más allá de la misma línea, angularmente en el quinto grado en la línea transversal; y para que esto más claramente entiendas, la línea perpendicular que mientras nosotros estamos derechos nuestro vértice está suspendido sobre nuestra cabeza desde el más alto punto del cielo, a aquéllos cae de lado y aún en los costados. De lo cual resulta que nosotros estamos en la línea recta y ellos en la transversal, formando un triángulo ortogonal, del cual nosotros estamos en la perpendicular [que forma el ángulo recto; y ellos en la otra línea que forma la base de dicho ángulo, y la hipotenusa hacia ellos y hacia nosotros tiende los vértices] como por la figura resultará evidente. Y dichas estas cosas de la cosmografía, son más que suficientes.



*AMERIGO VESPUCCI* *NOBILE FIORENTINO*  
*DISCOPRITORE* *DELL' AMERICA.*  
*nacque nel MCCCL.* *morì nel MDXVI*  
*nell' ISOLE delle TERZIERE* *nel PORTOGALLO*



*Cavato da un Quadro antico appreso l' Ill.<sup>mo</sup> Sig.<sup>no</sup> Amerigo Vespucci*  
*Cesariano Fontallora del:* *Firm.<sup>o</sup> Allegriani inci: 1662*



*Por qué este libro se llama "Tercera Jornada"*

Estas fueron las cosas notables que he visto en mi última navegación, que yo llamo la tercera jornada ya que las otras dos jornadas fueron otras dos navegaciones que por orden del serenísimo rey de España hice hacia el occidente. En las cuales he observado milagrosas cosas de aquel sublime creador de todo, Dios nuestro, la perfección; de todas las cosas notables he hecho un Diario, de modo que si alguna vez se me diese tiempo, pudiera todas estas cosas una a una admirablemente reunir, y componer un libro o bien de geografía, o bien de cosmografía, de modo que la posteridad de mí tuviera recuerdo, y del omnipotente Dios un tan inmenso artificio se conociese en parte por nuestros antepasados ignorado, pero conocido por nosotros. Ruego pues al clementísimo Dios que me prolongue los días de la vida, para que con su buena gracia y con salud del alma de esta mi voluntad la óptima disposición pueda ejecutar. Las otras dos jornadas en mi fuero interno me las reservo, y restituyéndome este serenísimo rey la jornada tercera, me esforzaré en volver a la patria y a la quietud, donde con la pericia adquirida y por los amigos confortado y ayudado, podré acabar esta obra.

*Excusaciones de Américo y cuál es su pensamiento*

Yo te pido perdón si ésta mi última navegación, o mejor última jornada, no te la he mandado, como por mis últimas cartas te había prometido, creo que tú entiendes la causa, que de este serenísimo rey ni aún los libros he podido tener. Yo pienso que aún haré la jornada cuarta y resuelto que yo tenga ésto, ya nos han hecho la promesa de dos naves con sus armamentos a fin de que me apreste a buscar nuevas regiones hacia mediodía de la banda de levante por el viento que se llama ábrego. En la cual muchas cosas pienso hacer en alabanza de Dios y utilidad de este reino y honor

de la vejez mía. Y ya nada más espero, sino la licencia de este serenísimo rey. Dios permita que ello sea para bien. Sabrás aquello que se haga.

*Contra la audacia de quien quiere saber más de lo que es lícito*

El intérprete Iocondo ha traducido esta epístola de la lengua española a la romana para que los latinos entiendan cuántas admirables cosas en el viaje se encuentran y se abata la audacia de aquellos que del cielo y de la majestad quieren investigar y saber más que lo que es lícito, ya que desde tanto tiempo que el mundo ha comenzado no se ha descubierto la grandeza de la tierra y lo que en ella se contiene.

*LA LETTERA*

Magnífico señor: Después de humildes reverencias y debidas recomendaciones, etc.

Será posible que Vuestra Magnificencia se maraville de mi temeridad y que conocida vuestra sabiduría, tan absurdamente me mueva a escribir a Vuestra Magnificencia la presente carta tan prolija, sabiendo que continuamente está Vuestra Magnificencia ocupada en los altos consejos y negocios sobre el buen regimiento de esa excelsa República. Y me considerará no sólo presuntuoso, sino también ocioso, por ponerme a escribir cosas no convenientes a vuestro estado ni deleitables, escritas con estilo bárbaro y fuera de toda regla humanista; pero la confianza que tengo en vuestra virtud y en la verdad de lo que escribo, que son cosas no mencionadas ni por los antiguos ni por los modernos escritores, como a continuación conocerá V. M., me hace ser osado. La causa principal que me ha movido a escribiros, fué la súplica del presente portador, llamado Benvenuto Benvenuti, nuestro florentino, gran servidor de V. M., según lo ha demostrado, y muy amigo mío; el cual, encontrándose aquí en esta ciudad de Lisboa, me rogó que diese parte a Vuestra Magnificencia de las cosas vistas por mí en diversas regiones del mundo, en cuatro viajes que hice para descubrir nuevas tierras: dos por orden del rey de Castilla, don Fernando VI, por el gran golfo del mar Océano hacia el occidente, y los otros dos por mandato del rey don Manuel de Portugal, hacia el austro; diciéndome que Vuestra Magnificencia tendría placer en ello, y que en esto esperaba serviros. Por lo cual me dispuse a hacerlo, pues siendo verdad que Vuestra Magnificencia me tiene en el número de sus servidores, acordándome cómo en el tiempo de nuestra juventud era vuestro amigo y ahora servidor, e íbamos a oír los principios de la gramática bajo el buen ejemplo y doctrina del venerable religioso, fraile de San Marcos, fray Giorgio Antonio Vespucci, cuyos consejos y doctrina hubiese querido Dios que yo siguiese, pues como dice Petrarca, sería otro hombre del que soy. De cualquier manera que sea no me quejo, porque siempre me he deleitado en cosas virtuosas y aunque estas invenciones mías no sean convenientes a vuestras virtudes, os diré como dijo Plinio a Mecenas: vos solíais, en otro tiempo, deleitaros con mis pláticas. Aún cuando Vuestra Magnificencia esté ocupada continuamente en los negocios públicos, tomará alguna hora de descanso para gastar un poco de tiempo en las cosas singulares o entretenidas; y como se acostumbra a dar hinojo después de las viandas deleitosas para disponerlas a una mejor digestión, así podréis para descanso de vuestras muchas ocupaciones, mandar



que se os lea esta carta mía para que os aparte un tanto del continuo cuidado y asiduo pensamiento de las cosas públicas, y si fuese prolijo os pido perdón, Magnífico Señor mío.

[Primer Viaje]

Vuestra Magnificencia sabrá cómo el motivo de mi venida a este reino de España fué para negociar mercancías y cómo seguí en este propósito cerca de cuatro años, durante los cuales vi y conocí distintas vicisitudes de la fortuna y cómo mudaba estos bienes caducos y transitorios, y cómo un tiempo tiene al hombre en la cima de la rueda y otro lo arroja de sí y lo priva de los bienes que se pueden llamar prestados; de modo que, conocido el continuo trabajo que pone el hombre en conquistarlos, sometiéndose a tantas incomodidades y peligros, decidí abandonar el comercio y poner mi propósito en cosas más laudables y firmes, y fué que me dispuse a ir a ver parte del mundo y sus maravillas, y esto se me ofreció [en] tiempo y lugar muy oportunos, pues el rey don Fernando de Castilla, teniendo que mandar cuatro naves a descubrir nuevas tierras hacia el occidente, fuí elegido por Su Alteza para que fuese en esa flota para ayudar a descubrir. Partimos de Cádiz el día 10 de mayo de 1497 y tomamos nuestro camino por el gran golfo del mar Océano, en cuyo viaje estuvimos 18 meses y descubrimos mucha tierra firme e infinitas islas, muchas de ellas habitadas, de las cuales los antiguos escritores no hacen mención; porque creo que de ellas no tuvieron noticia; que si bien me recuerdo, en alguno he leído que consideraba que este mar Océano era mar sin gente, y que de esta opinión fué Dante, nuestro poeta, en el capítulo XXVI del *Infierno*, donde finge la muerte de Ulises. En este viaje vi cosas muy maravillosas, como verá Vuestra Magnificencia.

Como dije antes, partimos del puerto de Cádiz cuatro naves en conserva y comenzamos nuestra navegación en derechura a las Islas Afortunadas, que hoy se llaman la Gran Canaria, que están situadas en el mar Océano al extremo del occidente habitado y colocadas en el tercer clima, sobre las cuales se alza el polo del septentrión, fuera de su horizonte, 27 grados y medio, distan de esta ciudad de Lisboa 280 leguas, por el viento entre mediodía y lebeche, donde estuvimos ocho días, proveyéndonos de agua y leña y demás cosas necesarias; y desde aquí, hechas nuestras oraciones, levamos anclas y dimos las velas al viento, comenzando nuestra navegación por el poniente tomando una cuarta del lebeche. Y tanto navegamos que al cabo de 37 días llegamos a una tierra que juzgamos ser tierra firme, la cual dista hacia el occidente de las Islas de Canaria, cerca de mil leguas fuera de lo habitado, dentro de la zona tórrida, porque encontramos el polo del septentrión levantarse 16 grados fuera de su horizonte, y 75 grados más occidental que la Isla de Canaria, según lo mostraban nuestros instrumentos. En la cual anclamos con nuestras naves a legua y media de tierra y botamos nuestros bateles completamente llenos de hombres y armas dirigiéndonos a tierra y antes de llegar a ella, vimos mucha gente que andaba a lo largo de la playa, de lo cual nos alegramos mucho, y advertimos que era gente desnuda; mostraron terneros miedo, creo porque nos vieron vestidos y de distinta apariencia; se recogieron todos en un monte, y pese a cuantas señales les hicimos de paz y amistad, no quisieron venir y conversar con nosotros; de modo que viniendo ya la noche y porque las naves estaban ancladas en lugar peligroso, por estar en costa brava y sin abrigo, decidimos irnos de allí al otro día, e ir a buscar algún puerto o ensenada donde asegurásemos nuestras naves; y navegamos por el maestral que así se recorría la costa siempre a vista de tierra y viendo continuamente gente en la playa, tanto que después de navegar dos días encontramos lugar muy seguro para las naves y anclamos a media legua de tierra, donde vimos muchísima gente. Y ese mismo día fuimos a tierra con los bateles, y saltamos a tierra 40 hombres de buen orden y los de tierra todavía se mostraban esquivos de tratar con nosotros, pero tanto trabajamos ese día en darles

nuestras cosas, como cascabeles, espejos, abalorios, cuentas y otras bagatelas, que algunos de ellos se confiaron y vinieron a tratar con nosotros; y hecha buena amistad con ellos, viniendo la noche, nos despedimos y nos volvimos a las naves; y al día siguiente, al alba vimos que había en la playa infinita gente, y traían con ellos a sus mujeres y a sus hijos; fuimos a tierra y vimos que todos venían cargados con sus mantenimientos, que son tales como en su lugar se dirá. Y antes que llegáramos a tierra, muchos de ellos se echaron a nado y vinieron a recibirnos en el mar a un tiro de ballesta, pues son grandísimos nadadores, con tanta seguridad como si hubiéramos tratado con ellos mucho tiempo, y de esta seguridad suya tuvimos placer. Lo que de su vida y costumbres conocimos fué que todos van desnudos, tanto los hombres como las mujeres, sin cubrir vergüenza ninguna, tal como salieron del vientre de sus madres. Son de mediana estatura, muy bien proporcionados, su carne es de un color que tiende al rojo, como melena de león; creo que si anduvieran vestidos serían blancos como nosotros; no tienen en el cuerpo pelo alguno, salvo que tienen el cabello largo y negro, especialmente las mujeres, lo que las hace hermosas; no son muy bellos de rostro, pues tienen la cara ancha, queriendo parecerse a los tártaros; no se dejan crecer pelo ninguno en las cejas, ni en las pestañas, ni en ninguna parte, salvo el de la cabeza, pues consideran al pelo como cosa fea. Son personas muy ligeras al andar y al correr, así los hombres como las mujeres, que una mujer no tiene reparo en correr una legua o dos, que muchas veces lo vimos; y en esto nos llevan grandísima ventaja a los cristianos. Nadan de una manera increíble, y mejor las mujeres que los hombres, porque las hemos encontrado y visto muchas veces dos leguas mar adentro, nadando sin apoyo alguno. Sus armas son arcos y flechas muy bien fabricados, salvo que no tienen hierro ni otro género de metal duro, y en lugar de hierro ponen dientes de animales o de peces, o un pedazo de madera dura afilado en la punta; son tiradores certeros, que dan donde quieren; y en algunos lugares usan estos arcos las mujeres; tienen otras armas, como ser lanzas endurecidas al fuego y unas porras con cabezas muy bien labradas. Guerrecan entre sí con pueblos que no son de su lengua muy cruelmente, sin perdonar la vida a ninguno, sino para infringirles mayor castigo. Cuando van a la guerra llevan con ellos a sus mujeres, no para que guerreen sino para que lleven detrás de ellos el sustento: que una mujer lleva sobre sí una carga que no la llevaría un hombre, treinta o cuarenta leguas, que muchas veces lo vimos. No tienen capitán alguno, ni andan en orden, pues cada uno es señor de sí mismo; y las causas de sus guerras no son la ambición de reinar, ni por extender sus dominios, ni por codicia desordenada, sino por una antigua enemistad que tuvieron entre sí en tiempos pasados; y cuando les preguntamos por qué guerreaban, no nos sabían dar otra razón sino que lo hacían por vengar la muerte de sus antepasados o de sus padres. Éstos no tienen rey ni señor, ni obedecen a nadie, y viven en entera libertad. La manera como se deciden a ir a la guerra es que cuando los enemigos han muerto o apresado a alguno de ellos, se levanta el pariente más viejo y va arengando por las calles que vayan con él a vengar la muerte de aquel pariente suyo, y así se mueven por compasión. No tienen justicia ni castigan al malhechor, ni el padre ni la madre castigan a los hijos; y sea o no asombroso, nunca vimos que hubiera disputas entre ellos. Muéstranse sencillos en el hablar y son muy maliciosos y agudos en aquello que les interesa, hablan poco y en voz baja; usan los mismos acentos que nosotros, porque forman las palabras o en los dientes o en los labios, pero dan otros nombres a las cosas. Mucha es la diversidad de las lenguas, pues de 100 en 100 leguas encontrábamos cambios de lenguaje, que no se entienden el uno con el otro. Su modo de vivir es muy bárbaro, porque no comen a horas fijas, y lo hacen tantas veces como quieren y no les importa mucho que la gana les venga más a media noche que de día, que a toda hora comen, y comen en el suelo, sin manteles u otro paño alguno, porque colocan sus viandas en vasijas de barro que ellos mismos fabrican o en mitades de calabazas. Duermen en ciertas redes muy grandes, hechas de algodón y suspendidas en el aire, y aunque esta manera de dormir parezca incómoda, digo que es agradable dormir en ellas, y mejor dormíamos en ellas que en nuestras mantas. Son gente limpia y

aseada en sus cuerpos por la mucha frecuencia con que se lavan, y cuando evacúan el vientre, con perdón sea dicho, procuran por todos los medios posibles no ser vistos; pero todo lo que en esto son limpios y honestos, son sucios y desvergonzados en hacer aguas, porque estando hablando con nosotros sin volverse ni avergonzarse, dejaban salir tal fealdad, que no les daba vergüenza alguna. No usan entre ellos matrimonio, cada uno toma las mujeres que quiere, y cuando las quiere repudiar las repudia sin que se le tenga por injuria ni sea una vergüenza para la mujer, pues en esto tiene la mujer tanta libertad como el hombre. No son muy celosos, pero son lujuriosos fuera de toda medida y mucho más las mujeres que los hombres, que por honestidad se deja de decir los artificios de que se valen para satisfacer su desordenada lujuria. Son mujeres muy fecundas y en sus preñeces no excusan trabajo alguno; sus partos son tan fáciles, que después de un día de paridas, van por todos lados, especialmente para lavarse en los ríos, y están sanas como peces. Son tan desamoradas y crueles que si se enojan con sus maridos hacen en seguida un artificio con el que matan a la criatura en el vientre y la abortan; por cuyo motivo matan infinitas criaturas. Son mujeres de cuerpos gentiles, muy bien proporcionadas, y no se ve en sus cuerpos cosa o miembro mal hecho; y aunque andan completamente desnudas, son mujeres carnosas y de sus vergüenzas no se ve aquella parte que puede imaginar quien no las ha visto, pues la cubren con los muslos, salvo aquella parte a la que la naturaleza no ha proveído, que es, hablando honestamente, el pubis. En conclusión, no tienen vergüenza de sus vergüenzas, así como nosotros no la tenemos de enseñar la nariz o la boca; por excepción veréis los pechos caídos en una mujer, así como tampoco el vientre caído o con arrugas, que todas parece que no pariesen nunca. Se mostraban muy deseosas de ayuntarse con nosotros los cristianos.

No supimos que esa gente tuviera ley alguna, ni se les puede llamar moros ni judíos; son peores que gentiles, porque no vimos que hiciesen sacrificio ninguno y tampoco tienen casas de oración; juzgo que su vida es epicúrea. Sus habitaciones son comunes, y sus casas hechas en forma de cabañas pero muy fuertemente construidas fabricadas con troncos de árboles grandísimos, cubiertas con hojas de palma, a prueba de tempestades y de vientos, y en algunos lugares tan anchas y tan largas, que en una sola casa encontramos que había 600 almas; y vimos poblaciones de sólo trece casas donde estaban cuatro mil almas. Cada ocho o diez años cambian las poblaciones, y habiendo preguntado por qué lo hacían [respondieron] que a causa del suelo, pues por las inmundicias estaba infecto y corrupto, produciéndose enfermedades en sus cuerpos, lo que nos pareció buena razón. Sus riquezas son plumas de pájaros de muchos colores, o rosarios que hacen con huesos de pescado, o piedras blancas o verdes que se incrustan en las mejillas, en los labios o en las orejas; y de otras muchas cosas que nosotros no estimamos en nada. No tienen comercio, ni compran ni venden. En conclusión viven y se contentan con lo que les da su naturaleza. Las riquezas que en esta nuestra Europa y en otras partes usamos, como oro, joyas, perlas y otras riquezas, no las aprecian en nada, y aunque las poseen en sus tierras no trabajan por obtenerlas ni las estiman. Son liberales en el dar, que por maravilla os niegan cosa alguna; y en desquite liberales en el pedir, cuando se muestran vuestros amigos. El mayor signo de amistad que os demuestran es daros sus mujeres y sus hijas; y un padre y una madre se tienen por muy honrados si, cuando os traen una hija, aunque sea moza virgen, dormís con ella; y con esto os dan su mayor prueba de amistad. Cuando mueren, usan varios modos de exequias; a algunos los entierran con agua y alimentos en la cabecera, pensando que los han de comer. No tienen ni usan ceremonias de iluminación ni de llantos. En algunos otros lugares usan el más bárbaro e inhumano de los entierros, y es que cuando un doliente o enfermo está casi a un paso de la muerte, sus parientes lo llevan a un gran bosque, y cuelgan de dos árboles, una de las redes donde duermen y después lo ponen en ella, danzándole alrededor todo un día; y cuando viene la noche le ponen en la cabecera agua y otras viandas de manera que pueda mantenerse durante

cuatro o seis días, y después lo dejan solo volviéndose a la población, y si el enfermo se ayuda a sí mismo, y come y bebe y vive, se vuelve a la población, donde lo reciben los suyos con ceremonias; más son pocos los que se salvan; mueren sin que nunca sean visitados, y aquella es su sepultura. Y tienen otras muchas costumbres que por prolijidad no se dicen. En sus enfermedades usan varias clases de medicinas, tan diferentes a las nuestras, que nos maravillábamos que alguno sanase; que muchas veces vi que a un enfermo de fiebre cuando la tenía en aumento, lo bañaban con mucha agua fría de la cabeza a los pies, luego le encendían un gran fuego alrededor, haciéndolo volverse y revolverse durante dos horas, hasta que lo cansaban y lo dejaban dormir; y muchos sanaban. También usan mucho la dieta, que están tres días sin comer, y el sacarse sangre, pero no del brazo, sino de los muslos, las caderas y las pantorrillas; también provocan el vómito con yerbas que se meten en la boca, y otros muchos remedios que sería largo de contar. Padecen mucho de la flema y de la sangre a causa de sus viandas, que son principalmente raíces de yerbas, frutas y peces. No tienen semillas de trigo ni de otro grano y para su uso común y comer utilizan la raíz de un árbol, de la que hacen una harina muy buena que llaman yuca, y otros la llaman cazabe, y otros ñame. Comen poca carne, excepto carne humana, pues Vuestra Magnificencia sabrá que son en esto tan inhumanos, que sobrepasan toda costumbre bestial, pues se comen a todos sus enemigos que matan o hacen prisioneros, tanto mujeres como hombres, con tanta ferocidad, que al decirlo parece cosa brutal, cuanto más verlo como me ocurrió infinitas veces, y en muchas partes verlo; y se maravillaron oyéndonos decir que nosotros no nos comíamos a nuestros enemigos. Y esto téngalo por cierto Vuestra Magnificencia, son tan bárbaras sus otras costumbres, que el hecho de decir las disminuye; y porque en estos cuatro viajes he visto tantas cosas distintas a nuestras costumbres, me dispuse a escribir una miscelánea, a la que llamo "Las cuatro jornadas", en la cual relato la mayor parte de las cosas que vi, muy detalladamente, según me lo ha permitido mi débil ingenio; la cual todavía no la he publicado, porque estoy de tan mal talante para mis propias cosas, que no tengo gusto en esto que he escrito, aunque muchos me animan a publicarla; en ella se verá cada cosa en detalle, así que no me alargaré más en este capítulo, porque en el transcurso de la carta veremos muchas otras cosas que son particulares: esto baste en cuanto a lo universal. Al principio no vimos cosa de mucho provecho en la tierra, salvo alguna muestra de oro, creo que era porque no sabíamos la lengua, pues en cuanto al sitio y disposición de la tierra no pueden ser mejores.

Acordamos partir e ir más adelante costeano de continuo la tierra, en la cual hicimos muchas escalas y tuvimos trato con mucha gente, y al fin de varios días, fuimos a dar a un puerto donde tuvimos grandísimo peligro, pero plugo al Espíritu Santo salvarnos, y fué de esta manera. Bajamos a tierra en un puerto donde encontramos una población edificada sobre el agua como Venecia; eran cerca de 44 casas grandes, en forma de cabañas, asentadas sobre palos muy gruesos y teniendo sus puertas o entradas de las casas a modo de puentes levadizos, y de una casa se podía ir a todas, pues los puentes levadizos se tendían de casa en casa, y así como las gentes de ellas nos vieron, mostraron ternos miedo y súbitamente alzaron todos los puentes, y mientras veíamos esta maravilla, vimos venir por el mar unas 22 canoas, que son la clase de sus navíos, fabricadas de un solo árbol, las cuales venían alrededor de nuestros bateles; como se maravillasen de nuestra figura y vestidos, se alejaron de nosotros, y estando así les hicimos señales de que viniesen hacia nosotros, dándoles confianza con señas de amistad; y visto que no venían, fuimos hacia ellos, y no nos esperaron, sino que se fueron a tierra y con señas nos dijeron que esperásemos, y que pronto volverían. Fueron detrás de un monte y no tardaron mucho, y cuando volvieron traían consigo 16 de sus hijas y entraron con ellas en sus canoas, y vinieron a los bateles y en cada uno dejaron cuatro, que tanto nos maravillamos de este acto, cuanto puede comprender Vuestra Magnificencia; y se metieron con sus canoas entre nuestros bateles, hablando con nosotros, de modo que lo juzgamos signo de amistad. Y andando en

esto, vimos venir mucha gente nadando por el mar, que venían de las casas, y como si viniesen acercándose a nosotros sin malicia alguna; en esto se asomaron a las puertas de las casas algunas mujeres viejas dando grandísimos gritos y mesándose los cabellos en señal de tristeza; lo que nos hizo sospechar y recurrimos cada uno a las armas; de pronto las mozas que teníamos en los bateles se arrojaron al mar, y los de las canoas se alejaron de nosotros y comenzaron a tirarnos flechas con sus arcos, y los que venían nadando, cada uno traía una lanza bajo el agua, lo más escondida que podía; de modo que reconocida la traición, comenzamos no sólo a defendernos, sino a ofenderlos vigorosamente, e hicimos zozobrar con los bateles muchas de sus almadías o canoas, que así las llaman, hicimos estragos y todos huyeron a nado, dejando desamparadas sus canoas, y con mucho daño de su parte se fueron nadando a tierra, y murieron de ellos cerca de 15 o 20 y muchos quedaron heridos; y de los nuestros fueron heridos 5, y todos se salvaron gracias a Dios; nos apoderamos de dos de las muchachas y de dos hombres, y fuimos a sus casas y entramos en ellas, y en todas no encontramos otra cosa que dos viejas y un enfermo. Les tomamos muchas cosas, pero de poco valor, y no quisimos incendiar las casas porque nos parecía cargo de conciencia; y volvimos a nuestros bateles con cinco prisioneros, y nos fuimos a las naves, y les pusimos a cada uno de los presos un trozo de hierro en los pies, menos a las mozas; y llegada la noche se huyeron las dos muchachas y uno de los hombres, de la manera más sutil del mundo. Al día siguiente acordamos salir de este puerto y seguir más adelante; anduvimos continuamente a lo largo de la costa, hasta que vimos otras gentes, distantes de las anteriores unas 80 leguas; las encontramos muy diferentes en su lengua y en sus costumbres. Acordamos surgir, y fuimos con los bateles a tierra, viendo en la playa muchísima gente, que podían ser al pie de 4000 almas; y cuando nos acercamos a tierra no nos esperaron, y se pusieron a huir por los bosques, desamparando sus casas. Saltamos a tierra y nos fuimos por un camino que conducía al bosque, y a un tiro de ballesta encontramos sus cabañas, en donde habían hecho grandes hogueras, y dos de ellos estaban cocinando sus viandas y asando muchos animales y varias clases de peces; donde vimos que asaban un cierto animal que parecía una serpiente, salvo que no tenía alas, y de aspecto tan feo que nos maravillamos mucho de su deformidad. Caminamos así por sus casas o mejor cabañas, y encontramos muchas de estas serpientes vivas que estaban amarradas por los pies y tenían una cuerda alrededor del hocico, que no podían abrir la boca, como se hace a los perros alanos para que no muerdan; tenían tan fiero aspecto que ninguno de nosotros se atrevía a tocarlas, pensando que eran venenosas; son del tamaño de un cabrito y de braza y media de longitud; tienen los pies largos y gruesos y armados de fuertes uñas; tienen la piel dura y son de diversos colores; el hocico y la cara la tienen de serpiente y de la nariz les sale una cresta como una sierra, que les pasa por el medio del lomo hasta la punta de la cola; en conclusión juzgamos que eran serpientes y venenosas y se las comen. Encontramos que hacían panes de pequeños peces que sacaban del mar, dándoles primero un hervor, amasándolos y haciendo con ellos una pasta o pan que tostaban sobre las brasas y así lo comían; lo probamos y encontramos que era bueno. Tenían tanta clase de manjares, principalmente de frutas y raíces, que sería cosa larga contarlos minuciosamente. Y visto que la gente no volvía, acordamos no tocarles ni tomarles cosa alguna para darles confianza, y dejamos en sus cabañas muchas cosas de las nuestras, en lugares a propósito para que las viesan y a la noche nos volvimos a las naves. Al día siguiente al amanecer, vimos innumerables gentes en la playa; y fuimos a tierra y aunque aún se mostraban temerosos de nosotros se atrevieron a acercarse y a hablarnos, dándonos cuanto les pedíamos y mostrándose muy amigos. Nos dijeron que esas no eran sus habitaciones y que habían venido aquí a pescar; y nos rogaron que fuéramos a sus casas y poblaciones, porque querían recibirnos como amigos. Y nos hicimos tan amigos a causa de dos hombres que nosotros traíamos presos, porque eran sus enemigos; de modo que vista su mucha insistencia, habiendo hecho consejo, acordamos ir con ellos 28 cristianos de los nuestros bien prevenidos, y con el firme propósito de morir si fuese necesario. Después de haber estado allí casi

tres días, fuimos con ellos tierra adentro, y a tres leguas de la playa dimos con una población de mucha gente y de pocas casas, porque no eran más de nueve, donde fuimos recibidos con tantas y tan bárbaras ceremonias, que no basta la pluma para describirlas; que fué con danzas, cantos y lamentos mezclados con regocijo, y con muchas viandas. Nos quedamos allí la noche, donde nos ofrecieron a sus mujeres [de tal manera] que no nos podíamos defender de ellas; y después de haber estado allí la noche y la mitad del día siguiente fueron tantos los pueblos que por maravilla nos venían a ver, que eran incontables; y los más viejos nos rogaban que fuésemos con ellos a otras poblaciones que estaban más hacia el interior de la tierra, mostrando que nos harían grandes honores; por lo tanto acordamos ir, y no es posible decir cuantos honores nos hicieron. Y fuimos a muchas poblaciones, tanto que empleamos nueve días en el viaje, de modo que nuestros cristianos que habían quedado en las naves, estaban con recelo por nosotros; y estando como a 18 leguas tierra adentro, determinamos tornarnos a las naves, y a la vuelta era tanta la gente que venía con nosotros hasta el mar, así hombres como mujeres, que fué cosa admirable. Y si alguno de los nuestros se cansaba en el camino, lo llevaban en sus redes muy descansadamente; y al cruzar los ríos, que son muchos y muy grandes, los pasábamos con sus artificios con tanta seguridad que no teníamos peligro ninguno, y muchos de ellos venían cargados con las cosas que nos habían dado, que estaban en sus redes para dormir: plumajes muy ricos, muchos arcos y flechas e innumerables papagayos de variados colores. Y otros traían la carga de sus alimentos y de animales; y aún diré una maravilla mayor, y es que se tenían por bienaventurados aquellos que, teniendo que pasar un río, nos podían llevar a costas. Y cuando llegamos al mar y a nuestros bateles, entramos en ellos, y era tanta la lucha que hicieron para meterse en ellos e ir a ver nuestras naves que nos quedamos asombrados; llevamos de ellos cuantos pudimos en los bateles y fuimos a las naves, pero vinieron nadando tantos, que nos tuvimos por locos al ver tanta gente en las naves, que eran más de mil almas, todos desnudos y sin armas; se maravillaron de nuestros aparejos e instrumentos, y de la grandeza de las naves; y con éstos sucedieron cosas que dieron risa, y fué que acordamos disparar algunas piezas de artillería, y cuando salió el estampido la mayor parte de ellos se arrojó de miedo al agua, no de otro modo que como lo hacen las ranas que estan en las orillas, que viendo algo temeroso, se tiran en el pantano, tal hizo aquella gente; y los que quedaron en las naves estaban tan asustados que nos arrepentimos de haberlo hecho; también los tranquilizamos diciéndoles que con aquellas armas matábamos a nuestros enemigos. Y habiendo holgado todo el día en las naves, les dijimos que se fuesen, porque queríamos partir esa noche y así se separaron de nosotros con mucha amistad y cariño y se fueron a tierra. Y en esta tierra y su gente conocí y vi tantas costumbres suyas y modos de vivir, que no me preocupó de extenderme en ellas, porque sabrá V. M. que en cada uno de mis viajes he apuntado las cosas más notables y con todas he escrito un volumen en forma de geografía, y lo llamo "Las cuatro jornadas", en cuya obra se encuentran las cosas en detalle, y aún no lo he publicado porque necesito revisarlo. Esta tierra está pobladísima y llena de gente, y de infinitos ríos; pocos animales son semejantes a los nuestros, salvo los leones, panteras, ciervos, cerdos, cabras y gamos, y éstos también tienen diferencia; no tienen caballos, ni mulas, ni, con perdón, asnos, ni perros, ni clase alguna de ganado ovino ni vacuno; pero son tantos los otros animales que tienen, aunque son salvajes y no se sirven de ellos, que no se pueden contar. Qué diremos de otros pájaros, que son tantos y de tantas clases y colores de plumaje que maravilla verlos. La tierra es muy amena y fructífera, llena de grandísimas selvas y bosques siempre verdes, que nunca pierden las hojas. Las frutas son tantas que son innumerables y completamente diferentes de las nuestras. Esta tierra está dentro de la zona tórrida, cerca o debajo del paralelo que describe el trópico de Cáncer, donde el polo de su horizonte se eleva 23 grados, al extremo del segundo clima. Vinieron a vernos muchas gentes, y se maravillaban de nuestra figura y de nuestra blancura, y nos preguntaron de dónde veníamos, y les dábamos a entender que veníamos del cielo y que andábamos viendo el mundo, y lo creían. En esta tierra pusimos pila

bautismal e infinita gente se bautizó; y en su lengua nos llamaban **carabi**, que quiere decir varones de gran sabiduría. Partimos de este puerto; la provincia se llama **Lariab**; y navegamos a lo largo de la costa siempre a vista de la tierra, tanto que recorrimos de ella 870 leguas, siempre hacia el maestral, haciendo en ella muchas escalas y tratando con mucha gente; en muchos lugares rescatamos oro, pero no mucha cantidad, que ya hicimos mucho con descubrir la tierra y saber que tenían oro.

Llevábamos ya 13 meses de viaje y los navíos y los aparejos estaban muy maltrechos y los hombres cansados; acordamos de común acuerdo, arrimar las naves a la orilla y examinarlas para repararlas porque hacían mucha agua, y calafatearlas y embrearlas de nuevo y tornarnos de vuelta a España, y cuando deliberábamos ésto estábamos en un puerto, el mejor del mundo, en el que entramos con nuestras naves, encontrando mucha gente, que nos recibió con muestras de gran amistad; hicimos en tierra un bastión con nuestros bateles, y con toneles y cubas y nuestra artillería, que lo dominaba todo; y descargadas y aligeradas nuestras naves, las llevamos a tierra, y les arreglamos todo aquello que era necesario; y la gente de tierra nos prestó grandísima ayuda y continuamente nos proveía con sus alimentos, que en este puerto poco gustamos de los nuestros, que nos hicieron gran servicio, porque teníamos el mantenimiento para la vuelta poco y pobre. Allí estuvimos 37 días, y fuimos muchas veces a sus poblaciones, donde nos hacían grandes honores. Y queriéndonos partir para nuestro viaje, se nos quejaron de que en ciertas épocas del año venían por la vía del mar a su tierra una gente muy cruel que eran sus enemigos y con traiciones y por violencia mataban a muchos de ellos y se los comían y capturaban a algunos, y los llevaban presos a sus casas o tierra, y apenas se podían defender de ellos, haciéndonos señales de que eran gentes isleñas y podían estar a 100 leguas mar adentro; y con tanta emoción nos decían ésto, que los creímos y prometimos vengarlos de tantas injurias; se quedaron muy contentos con ésto y muchos ofrecieron venirse con nosotros, pero no quisimos por muchas razones, salvo siete que llevamos, a condición de que se viniesen después en canoa, porque no nos quisimos obligar a volverlos a su tierra, y estuvieron contentos, y así nos separamos de esa gente dejándolos muy amigos nuestros. Remediadas nuestras naves, navegamos siete días por el mar por el viento entre greco y levante, y al cabo de los siete días nos encontramos en las islas, que eran muchas, algunas pobladas y otras desiertas, y surgimos en una de ellas donde vimos mucha gente, que la llamaban **Iti**, y equipados nuestros bateles con gente capaz y en cada uno tres tiros de bombardas, fuimos a tierra, donde encontramos al pie de 400 hombres y muchas mujeres, y todos desnudos como los anteriores. Eran de buen cuerpo y parecían hombres belicosos, porque estaban armados con sus armas, que son arcos, saetas y lanzas, y la mayor parte de ellos tenían unas tablas cuadradas que se las colocaban de tal modo que no les impedía tirar del arco; cuando estuvimos cerca de tierra con los bateles a un tiro de arco, todos saltaron al agua a tirarnos saetas y a impedirnos que saltáramos a tierra. Todos tenían su cuerpo pintado de diversos colores y emplumados con plumas, y nos decían los lenguas que iban con nosotros, que cuando así se mostraban pintados y emplumados, que daban señales de querer combatir. Y tanto perseveraron y nos impidieron desembarcar, que nos vimos forzados a hacer fuego con nuestra artillería, y cuando oyeron el estampido y vieron caer muertos a algunos de los suyos, se recogieron todos en tierra; por lo cual, después de hacer consejo, acordamos saltar a tierra 42 de nosotros, y si nos esperasen combatir con ellos; así cuando llegamos a tierra con nuestras armas, se lanzaron sobre nosotros y combatimos cerca de una hora, llevádoles poca ventaja, salvo que nuestros ballesteros y espingarderos mataban algunos, y ellos hirieron algunos nuestros; y esto era porque no nos esperaban ni a tiro de lanza ni de espada, y tanto ímpetu pusimos finalmente que estuvimos a tiro de espada, y como probasen nuestras armas se pusieron en fuga por los montes y los bosques y nos dejaron vencedores en el campo con muchos de los suyos muertos y muchos heridos. En este día no intentamos seguirlos de otro modo, porque estábamos muy fatigados, y nos volvimos a las naves con

mucha alegría de aquellos siete hombres que vinieron con nosotros, que no cabían en sí. Y llegado el otro día vimos venir por la tierra gran número de gente, todavía en actitud de pelea, tocando cuernos y otros varios instrumentos que ellos usan en la guerra, y todos pintados y emplumados, que era cosa muy extraña de ver. Por eso todas las naves hicieron consejo y se decidió que ya que esta gente quería enemistad con nosotros que fuésemos a vernos con ellos, y hacer cualquier cosa por hacerlos amigos; en caso de que no quisiesen nuestra amistad, que los tratásemos como enemigos, y que cuantos pudiésemos tomar de ellos, todos fuesen nuestros esclavos. Y armados como mejor pudimos, fuimos hacia tierra, y no nos impidieron saltar a ella, creo que por miedo de las bombardas. Saltamos a tierra 57 hombres, en cuatro escuadras, cada capitán con su gente, y fuimos a las manos con ellos, y después de una larga batalla, muertos muchos de ellos, los pusimos en fuga, y los perseguimos hasta una población, habiendo apesado cerca de 250 de ellos e incendiamos la población; y nos volvimos victoriosos a las naves con 250 prisioneros, dejándoles muchos muertos y heridos, y de los nuestros no murió más que uno, y veintidós heridos, que todos sanaron, gracias a Dios. Ordenamos nuestra partida, y los siete hombres de los que cinco estaban heridos, tomaron una canoa de la isla, y con siete prisioneros que les dimos, cuatro mujeres y tres hombres, se tornaron a su tierra muy alegres, maravillándose de nuestras fuerzas. Y nosotros también hicimos vela hacia España, con 222 prisioneros esclavos. Llegamos al puerto de Cádiz a 15 días de octubre de 1498, donde fuimos bien recibidos y vendimos nuestros esclavos. Ésto es lo que me ocurrió de más notable, en este mi primer viaje.

### *Comienza el Segundo*

En cuanto al segundo viaje y lo que en él vi más digno de memoria, es lo que aquí sigue. Partimos del puerto de Cádiz tres naves en conserva, el día 16 de mayo de 1499 y comenzamos nuestro camino hacia las islas de Cabo Verde, pasando a la vista de la isla de Gran Canaria; y tanto navegamos que fuimos a una isla que se llama Isla del Fuego; y hecha aquí nuestra provisión de agua y leña, tomamos nuestra navegación por el lebeche. En 44 días llegamos a una nueva tierra, que juzgamos era tierra firme y continuación de la más arriba [en el primer viaje] mencionada; la cual está situada dentro de la zona tórrida y fuera de la línea equinoccial a la parte del austro, sobre la cual se alza el polo meridional 5 grados fuera de todo clima, y dista de las dichas islas, por el viento de lebeche, 500 leguas, y encontramos que los días eran iguales que las noches; porque fuimos a ella el día 27 de junio, cuando el sol está cerca del trópico del Cáncer; encontramos que esta tierra estaba toda anegada y llena de grandísimos ríos. Al principio no vimos gente alguna; surgimos con nuestras naves y botamos nuestros bateles; fuimos con ellos a tierra y, como digo, la encontramos llena de grandísimos ríos y anegada por grandísimos ríos que encontramos; la abordamos por muchas partes para ver si podíamos entrar por ella, y por la gran cantidad de agua que traían los ríos, a pesar de los muchos esfuerzos que hicimos, no encontramos sitio que no estuviese anegado; vimos por los ríos muchas señales de que la tierra estaba poblada, y visto que por esta parte no la podíamos penetrar, acordamos volvernos a las naves, y abordarla por otra parte. Levamos nuestras anclas y navegamos entre el levante y el siroco, costéando continuamente la tierra, que así se iba a prisa, y en muchas partes la abordamos por espacio de 40 leguas, y todo fué tiempo perdido; encontramos en esta costa que las corrientes del mar eran de tanta fuerza que no nos dejaban navegar, y todas corrían del siroco al maestral; de modo que vistos tantos inconvenientes para nuestra navegación, hecho nuestro consejo, acordamos volver el rumbo a la parte del maestral. Tanto navegamos a lo largo de la tierra, que fuimos a dar a un hermoso puerto, el cual estaba formado por una gran isla, que estaba a la entrada,



y dentro se formaba una grandísima ensenada; y navegando para entrar en ella, siguiendo la isla, vimos mucha gente, y alegrándonos, enderezamos nuestras naves para surgir donde veíamos la gente, que podíamos estar más hacia el mar cerca de cuatro leguas; y navegando de esta manera, vimos una canoa que venía de alta mar, en la cual venía mucha gente. Acordamos echarle mano, y viramos con nuestras naves sobre ella de modo que no la perdiésemos, y navegando en su dirección con viento fresco, vimos que estaban detenidos con los remos levantados, creo que maravillados de nuestras naves. Cuando vieron que íbamos acercándonos a ellos, pusieron los remos en el agua y comenzaron a navegar en dirección a la tierra; y como en nuestra compañía venía una carabela de 45 toneladas, muy velera, se puso a barlovento de la canoa y, cuando le pareció oportuno llegar a ella, largó los aparejos y vino [fue] en su dirección, y nosotros también; y cuando la pequeña carabela se emparejó con ella no la quiso embestir, la pasó y luego quedó a sotavento; y como se viesen con ventaja, comenzaron a hacer fuerza con los remos para huir; y nosotros que llevábamos los bateles a popa equipados ya con buena gente, pensamos que la tomaríamos; luchamos más de dos horas y, en fin, si la pequeña carabela en otra vuelta no hubiese tornado sobre ella, la perdíamos. Y como se vieron rodeados por la carabela y los bateles, todos se tiraron al mar, que podían ser 70 hombres, y estaban lejos de tierra cerca de dos leguas, y siguiéndolos con los bateles, en todo el día no pudimos coger más que dos, y fué por casualidad; todos los demás llegaron a tierra a salvo. En la canoa quedaron 4 muchachos, los cuales no eran de su linaje, pues los traían presos de otra tierra; y los habían castrado y todos estaban sin miembro viril y con la herida fresca, de lo que nos maravillamos mucho; y puestos en las naves, nos dijeron por señas, que los habían castrado para comérselos, y supimos que esta era una gente que se llaman caníbales, muy feroces, que comen carne humana. Fuimos con las naves, llevando con nosotros la canoa por la popa en dirección a la tierra, y surgimos a media legua; y como en tierra vimos mucha gente en la playa, fuimos con los bateles a tierra, y llevamos con nosotros a los dos hombres que cogimos; y llegados a tierra, toda la gente huyó y se metieron por el bosque, y libertamos a uno de los hombres, dándole muchos cascabeles y [encargándole dijese] que queríamos ser sus amigos; el cual hizo muy bien lo que le mandábamos, y trajo consigo a toda la gente, que podían ser 400 hombres y muchas mujeres, los cuales vinieron sin arma alguna donde estábamos con los bateles; y hecha con ellos buena amistad, les dimos el otro preso y mandamos a la nave por su canoa y se la dimos. Esta canoa tenía 26 pasos de largo y dos brazas de ancho, y toda de un solo árbol ahuecado, muy bien trabajada; y cuando la hubieron varado en un río y puesto en lugar seguro, todos huyeron y no quisieron platicar con nosotros, lo que nos pareció un acto absolutamente bárbaro, y las juzgamos gente de poca fe y de mala condición. A éstos vimos algo de oro que tenían en las orejas. Partimos de aquí y entramos dentro de la ensenada, donde encontramos tanta gente que fué maravilla, con los cuales hicimos amistad en tierra, y muchos de nosotros fuimos con ellos a sus poblaciones, con mucha seguridad y bien recibidos. En este lugar rescatamos 150 perlas, que nos las dieron por un cascabel, y un poco de oro que nos lo dieron de gracia. Y encontramos que en esta tierra bebían vino hecho de sus frutas y semillas a la manera de cerveza; y blanco y rojo, y el mejor estaba hecho de mirabolanos y era muy bueno, y comimos infinitos de éstos, que era el tiempo. Es muy buena fruta, sabrosa al gusto y saludable al cuerpo. La tierra es muy abundante en alimentos, y la gente de buena conservación, y la más pacífica que hemos encontrado hasta aquí. Estuvimos en este puerto 17 días con mucho gusto, y cada día nos venían a ver nuevos pueblos de tierra adentro, maravillándose de nuestra figura y blancura, y de nuestros vestidos y armas, y de la forma y grandeza de las naves. Por esta gente tuvimos noticias de cómo había una gente más hacia el poniente de ellos, que eran sus enemigos, que tenían infinita copia de perlas, y que las que ellos tenían eran las que les habían quitado en sus guerras, y nos dijeron cómo la pescaban, y de qué manera hacían, y encontramos que era verdad, como oírá Vuestra Magnificencia.

Partimos de este puerto y navegamos por la costa, por la cual continuamente veíamos hogueras y gente en la playa; y al cabo de muchos días fuimos a detenernos en un puerto, con motivo de remediar una de nuestras naves que hacía mucha agua, donde encontramos haber mucha gente, con la cual no pudimos ni por fuerza ni por grado tener ninguna conversación; y cuando íbamos a tierra la defendían ásperamente, y cuando no podían más huían por los bosques y no nos esperaban. Sabiéndolos tan bárbaros nos fuimos de allí, y navegando divisamos una isla en el mar que distaba de tierra 15 leguas, y acordamos ir a ver si estaba poblada. Encontramos en ella la gente más bestial y la más fea que vimos jamás, y era de esta manera. Eran muy feos de gesto y cara; todos tenían los carrillos llenos por dentro de una yerba verde que la rumiaban continuamente como bestias, que apenas podían hablar, y cada uno llevaba al cuello dos calabazas secas, y una estaba llena de aquella hierba que tenían en la boca, y la otra de una harina blanca que parecía yeso en polvo, y de cuando en cuando con un palillo que tenían, mojándolo en la boca, lo metían en la harina y después lo metían en la boca, con los dos extremos en cada una de las mejillas, enharinando la yerba que tenían en la boca, y esto lo hacían muy a menudo; y maravillados de tal cosa no podíamos entender este secreto, ni con qué fin lo hacían así. Cuando esta gente nos vió, vinieron hacia nosotros tan familiarmente como si hubiésemos tenido amistad con ellos; anduvimos hablando con ellos por la playa, y deseosos de beber agua fresca, nos hicieron seña de que no la tenían y nos ofrecieron de su yerba y su harina, de modo que dedujimos que esta isla era pobre de agua, y que por defenderse de la sed tenían aquella hierba en la boca y la harina por la misma razón. Anduvimos por la isla un día y medio sin que jamás encontrásemos agua alguna, y vimos que el agua que bebían era el rocío que caía de noche sobre ciertas hojas que parecían orejas de asno, y que se llenaban de agua, y de ésta bebían; era agua óptima; pero ellos no tenían hojas de éstas en muchos lugares. No tenían ninguna clase de viandas ni raíces como en tierra firme; su alimento era pescados que sacaban del mar, y de éstos tenían grandísima abundancia, y eran grandísimos pescadores; y nos presentaron muchas tortugas y muchos pescados grandes muy buenos. Sus mujeres no acostumbraban tener la yerba en la boca como los hombres, pero todas llevan una calabaza con agua, y de ella beben. No tenían poblaciones de casa ni de cabañas, sino que habitaban debajo de enramadas que los defendían del sol y no del agua, pero creo que pocas veces llovía en aquella isla. Cuando están pescando en el mar, todos tienen una hoja muy grande y de tal anchura que debajo de ellas estaban a la sombra, y la fijaban en tierra; y según iba dando vueltas el sol, así giraban la hoja, y de esta manera se defendían del sol. La isla tiene muchos animales de distintas clases que beben agua de los pantanos. Y visto que no teníamos provecho alguno, partimos y llegamos a otra isla, y encontramos que en ésta habitaba gente muy grande; fuimos en seguida a tierra para ver si encontrábamos agua fresca; y creyendo que la isla estaba despoblada por no ver gente, andando a lo largo de la playa, vimos huellas de gente en la arena muy grandes, y pensamos que si los otros miembros respondían a la medida, que serían hombres grandísimos; andando en esto nos encontramos en un camino que iba tierra adentro, y acordamos nueve de nosotros, y juzgamos que por ser chica la isla no podía haber en ella mucha gente; pero anduvimos por ella para ver qué gente era aquella, y cuando habíamos andado cerca de una legua, vimos en un valle cinco de sus cabañas, que nos parecieron deshabitadas; y fuimos a ellas, y encontramos sólo cinco mujeres, dos viejas y tres muchachas de estatura tan alta que las mirábamos con asombro. Así como nos vieron les entró tanto miedo que no tuvieron ánimo para huir, y las dos viejas comenzaron con palabras a convidarnos trayéndonos muchas cosas para comer; y nos llevaron a una cabaña, y eran de estatura mayor que un hombre grande, que bien serían grandes de cuerpo como fué Francisco degli Albizi, pero de mejores proporciones; de modo que todos tuvimos el propósito de tomar a las tres jóvenes por la fuerza y como cosa maravillosa traerlas a Castilla. Y estando en estos razonamientos, comenzaron a entrar por la puerta de la cabaña unos 36 hombres mucho más grandes que las mujeres, hombres tan bien hechos que era admirable verlos, los cuales

nos turbaron tanto que mejor hubiéramos querido estar en las naves que encontrarnos con tal gente. Traían arcos grandísimos y flechas, con porras, y hablaban entre sí en un tono como si quisieran atacarnos. Viéndonos en tal peligro, hicimos varios consejos entre nosotros, algunos decían que nos echásemos sobre ellos dentro de la casa, y otros que era mejor en el campo, y otros decían que no comenzásemos la contienda hasta tanto viésemos qué querían hacer; y acordamos salir de la cabaña e irnos disimuladamente por el camino de las naves; y así lo hicimos, y tomado nuestro camino nos volvimos a las naves, ellos nos seguían siempre a un tiro de piedra, hablando entre sí, creo que no con menos miedo de nosotros que nosotros de ellos, porque alguna vez descansábamos y ellos también, sin acercarse a nosotros; hasta que llegamos a la playa donde estaban los bateles esperándonos. Entramos en ellos, y cuando nos largamos saltaron y nos tiraron muchas saetas, pero ya poco miedo teníamos de ellos; les disparamos dos tiros de bombardas, más para asustarlos que para hacerles mal, y al estampido huyeron todos al monte; y así nos separamos de ellos y nos pareció salvarnos de una peligrosa jornada. Andaban desnudos del todo como los otros. Llamo a esta isla la Isla de los Gigantes, a causa de su gran talla; y fuimos más adelante bordeando la tierra, en la cual muchas veces nos ocurrió combatir con ellos porque no nos dejaban coger cosa alguna de tierra.

Ya teníamos deseos de volvernos a Castilla, porque habíamos estado en el mar cerca de un año, y teníamos poco alimento, y ese poco dañado a causa de los grandes calores que pasamos; porque desde que partimos de la isla de Cabo Verde hasta aquí, habíamos navegado continuamente por la zona tórrida, y dos veces atravesamos la línea equinoccial; que como dije antes, fuimos 5 grados fuera de ella hacia el austro, y estábamos a 15 grados hacia el septentrión. Estando en este consejo, plugo al Espíritu Santo dar algún descanso a tantos trabajos nuestros, y fué que buscando un puerto para reparar nuestros navíos, dimos con una gente que nos recibió con mucha amistad, y encontramos que tenían grandísima cantidad de perlas orientales muy buenas; con las cuales nos detuvimos 47 días, y rescatamos de ellos 119 marcos de perlas con muy poca mercancía, creo que no nos costaron el valor de cuarenta ducados; porque lo que les dimos no fueron sino cascabeles, espejos y cuentas, diez balas y hojas de latón: que por un cascabel daba cada uno cuantas perlas tenía. Por ellos supimos cómo las pescaban y dónde; y nos dieron muchas ostras, en las cuales nacen, rescatando una ostra en la que había 130 perlas y otras con menos; ésta de 130 perlas me la tomó la reina; las otras cuidé que no las viese. Y ha de saber V. M. que si las perlas no están maduras y no se desprenden por sí mismas, no duran, pues se dañan pronto; de ésto tengo experiencia; cuando están maduras permanecen desprendidas dentro de la ostra y puestas sobre la pulpa: éstas son las buenas. En cuanto a las malas que teníamos, pues la mayor parte eran toscas y mal horadadas, produjeron buen dinero, ya que se vendieron a... el marco. Y al cabo de los 47 días dejamos a la gente muy amiga nuestra. Partimos y por la necesidad de alimentos fuimos a dar a la isla de Antilla, que es la que descubrió hace años Cristóbal Colón, donde conseguimos muchos alimentos; estuvimos dos meses y 17 días, pasando muchos peligros y trabajos con los mismos cristianos que estaban en la isla con Colón, creo que por envidia; los cuales dejo de contar por no ser prolijo. Partimos de dicha isla a 2 días de julio y navegamos un mes y medio, entrando al puerto de Cádiz el día 8 de septiembre, de día. [Éste fué] mi segundo viaje. Dios sea loado.

### *Comienza el Tercero*

Hallándome luego en Sevilla, reponiéndome de tantos trabajos como habíamos pasado en estos dos viajes, y con deseo de volver a la tierra de las perlas, cuando la fortuna, no satisfecha de mis fatigas, no se cómo inspiró el pensamiento del serenísimo Rey don Manuel de Portugal de querer

servirsè de mí; y estando en Sevilla sin el menor pensamiento de venir a Portugal, me llegó un mensajero con una carta de la real corona, en la que me rogaba viniese a Lisboa a hablar con Su Alteza, prometiendo hacerme mercedes. Me aconsejaron que no fuese. Despaché al mensajero diciendo que estaba enfermo y que cuando estuviere bueno, si aún Su Alteza quería servirse de mí, haría cuanto mandase. Y visto que no podía atraerme, acordó mandar por mí a Giuliano de Bartolomeo del Giocondo, que estaba en Lisboa, con la misión de que me trajese de cualquier modo. Vino el dicho Giuliano a Sevilla, y por su venida y sus súplicas me vi forzado a venir; y mi venida fué tomada a mal por cuantos me conocían; porque me fuí de Castilla donde me honraban y donde el rey me tenía en buena consideración; y lo peor fué que partí sin despedirme de nadie. Y presentándome ante este rey, mostró placer por mi venida y me rogó que fuese en compañía de tres de sus naves que estaban prestas para ir a descubrir nuevas tierras, y como el ruego de un rey es un mandato, hube de consentir en todo aquello que me rogaba.

Partimos de este puerto de Lisboa tres naves en conserva, a 10 días de mayo de 1501, tomando nuestro derrotero derecho hacia la isla de la Gran Canaria; pasamos a vista de ella sin detenernos y desde aquí fuimos bordeando la costa de Africa por la parte occidental, en cuya costa pescamos una especie de pez que se llama *parchi*; donde nos detuvimos tres días y desde allí nos dirigimos a la costa de Etiopía, a un puerto que se llama Besechicce [Besequiche, hoy Dakar] que está dentro de la zona tórrida sobre el cual alza el polo del septentrion 14 grados y medio, situado en el primer clima; allí estuvimos 11 días aprovisionándonos de agua y de leña, porque mi intención era navegar hacia el austro por el golfo Atlántico. Partimos de este puerto de Etiopía y navegamos por el lebeche tomando una cuarta del mediodía, de manera que en 67 días llegamos a una tierra que estaba del dicho puerto a 700 leguas hacia el lebeche; y en aquellos 67 días tuvimos el peor tiempo que jamás tuviese navegante alguno del mar, por los muchos aguaceros, turbonadas y tormentas que se desataron; pues estábamos en un tiempo muy adverso, ya que la mayor parte de nuestra navegación la hicimos continuamente junto a la línea equinoccial, donde en el mes de junio es invierno; y encontramos que el día y la noche eran iguales, y encontramos la sombra continuamente hacia el mediodía.

Plugo a Dios mostrarnos nueva tierra, y fué el día 17 de agosto. Surgimos a media legua, botamos nuestros bateles y fuimos a ver si la tierra estaba habitada por gentes y qué tal eran. La encontramos habitada por gentes que eran peores que animales; sin embargo, V. M. entenderá que al principio no vimos gente, pero bien conocimos que estaba poblada, por las muchas señales que en ella vimos. Tomamos posesión de ella por este serenísimo Rey, y encontramos que la tierra era muy amena y verde y de buena apariencia; estaba 5 grados fuera de la línea equinoccial hacia el austro. Por este día volvimos a las naves; y porque teníamos gran necesidad de agua y de leña, acordamos tornar a tierra al día siguiente para proveernos de lo necesario; y estando en tierra, vimos unas gentes en la cumbre de un monte que nos estaban mirando y no se atrevían a descender. Estaban desnudas y eran del mismo color y apariencia de las anteriores [de los otros viajes]; y aunque estuvimos tratando de que vinieran a hablar con nosotros, jamás pudimos atraerlos, que no se fiaban de nosotros; y vista su obstinación y que ya era tarde, volvimos a las naves dejándoles en tierra a su alcance, muchos cascabeles, espejos y otras cosas. Y cuando nos alejamos en el mar, bajaron del monte y vinieron por las cosas que les habíamos dejado, de las cuales se admiraron mucho; y por este día no nos proveímos sino de agua. A la mañana siguiente vimos desde las naves que las gentes de tierra hacían muchas humaredas, y pensando que nos llamaban, fuimos a tierra, donde encontramos que había venido gran multitud; y todavía estaban lejos de nosotros, y nos hacían señas de que fuésemos con ellos tierra adentro. Dos de nuestros cristianos fueron a pedir al capitán que diese su licencia,

pues deseaban arriesgarse a ir con ellos tierra adentro para ver qué gentes eran, y si tenían alguna riqueza, o especiería, o droguería. Tanto suplicaron que el capitán estuvo conforme; y se prepararon con muchos objetos de rescate, separándose de nosotros con orden de que no tardasen más de 5 días en regresar, porque éso los esperaríamos; y tomaron su camino por tierra, y nosotros hacia las naves a esperarlos. Casi todos los días venían gentes a la playa, pero nunca nos quisieron hablar. El séptimo día fuimos a tierra y encontramos que habían traído con ellos a sus mujeres, y así como saltamos a tierra, los hombres de la tierra mandaron a muchas de sus mujeres a hablar con nosotros; y viendo que no tenían confianza, acordamos mandarles a uno de nuestros hombres, que era un joven muy esforzado, y nosotros para ampararlo entramos en los bateles y él se fué hacia las mujeres. Cuando llegó junto a ellas le hicieron un gran círculo alrededor, y tocándolo y mirándolo, se maravillaban. Y estando en ésto vimos venir una mujer del monte que traía un gran palo en la mano; y cuando llegó donde estaba nuestro cristiano, se le acercó por detrás y, alzando el garrote, le dió tan gran golpe que lo tendió muerto en tierra. En un instante las otras mujeres lo cogieron por los pies, y lo arrastraron así hacia el monte; los hombres corrieron hacia la playa con sus arcos y sus flechas a asaetarnos, e infundieron tanto miedo a la gente nuestra que estaba en tierra, surta con los bateles sobre las anclas, que ninguno acertaba a tomar las armas. Sin embargo, les disparamos cuatro tiros de bombardas que no acertaron, salvo que, oído el estampido, todos huyeron hacia el monte, donde ya estaban las mujeres despedazando al cristiano, y en un gran fuégo que habían hecho, lo estaban asando a nuestra vista, mostrándonos muchos pedazos y comiéndoselos. Los hombres nos hacían señas con sus gestos, de cómo habían muerto a los otros dos cristianos y se los habían comido; lo que nos pesó mucho, viendo con nuestros ojos la crueldad que tenían para con el muerto, cosa que fué para todos una injuria intolerable; y teniendo el propósito, más de 40 de nosotros de saltar a tierra y vengar muerte tan cruel y acto bestial e inhumano, el capitán mayor no quiso consentirlo, y se quedaron ufanos de tanta afrenta. Nos alejamos de ellos de mala gana, y con mucha vergüenza a causa de nuestro capitán.

Partimos de este lugar y comenzamos nuestra navegación entre levante y siroco, que así se seguía la tierra, e hicimos muchas escalas, pero jamás encontramos gentes que quisieran tratar con nosotros. Así navegamos tanto que encontramos que la costa daba vuelta hacia el lebeche, y doblando un cabo al que pusimos por nombre Cabo de San Agustín, comenzamos a navegar hacia el lebeche. Dista este cabo de la tierra antes mencionada, donde vimos que mataron a los cristianos, 150 leguas hacia levante, y está este cabo 8 grados fuera de la línea equinoccial, hacia el austro; y navegando vimos un día mucha gente que estaba en la playa para ver la maravilla de nuestras naves y cómo navegábamos. Fuimos hacia ellos y surgimos en un buen lugar, y fuimos con los bateles a tierra, y encontramos que la gente era de mejor condición que la anterior, aunque nos costó trabajo domesticarlos; logramos hacerlos amigos y tratamos con ellos. Estuvimos en este lugar 5 días, y aquí encontramos cañafístula muy grande, verde y seca, [que excedía] las cimas de los árboles. Decidimos llevar de este lugar un par de hombres para que nos enseñasen la lengua; y se ofrecieron tres, por su voluntad, para venir a Portugal. Y con esto, cansado ya de tanto escribir, sabrá Vuestra Magnificencia que partimos de este puerto, navegando siempre por el lebeche a vista de tierra, haciendo continuamente muchas escalas y hablando con infinitud de gente. Tanto navegamos hacia el austro que ya estábamos fuera del trópico de Capricornio, donde el polo del mediodía se alzaba sobre el horizonte 32 grados y la habíamos perdido completamente la Osa Menor, y la Mayor estaba muy baja, y apenas aparecía en la línea del horizonte. Nos regíamos por las estrellas del polo meridional, las cuales son mucho más grandes y más brillantes que las de nuestro polo, y de la mayor parte de ellas tracé sus figuras y especialmente de las principales y de mayor magnitud, con la descripción de las órbitas que hacen alrededor del polo del austro y con la declaración de sus diámetros y

semidiámetros, como se podrá ver en mis "Cuatro jornadas". Recorrimos al pie de 750 leguas de esta costa; 150 desde el dicho Cabo de San Agustín hacia el poniente, y 600 hacia el lebeche; y si quisiera contar las cosas que en esta costa vi, y lo que pasamos, no me bastarían otros tantos folios. Y en esta costa no vimos cosa de provecho, excepto innumerables árboles de brasil y de casia y de los que producen la mirra y otras maravillas de la naturaleza que no se pueden referir.

Habiendo estado ya en el viaje diez meses, y visto que en esta tierra no encontrábamos ninguna mina, acordamos despedirnos de ella e ir a explorar el mar por otra parte. Hecho nuestro consejo se resolvió que se siguiese aquella navegación que me pareciera bien, y fué puesto en mí todo el mando de la flota. Entonces mandé que toda la gente y la flota se proveyesen de agua y leña para 6 meses, pues ese tiempo estimaron los oficiales de las naves que podríamos navegar en ellas. Hecho nuestro aprovisionamiento en esta tierra, comenzamos nuestra navegación por el viento siroco, y fué a 15 de febrero, cuando el sol estaba buscando el equinoccio y volvía a nuestro hemisferio del septentrión; y tanto navegamos por ese viento, que nos encontramos tal altos que el polo del mediodía se elevaba fuera de nuestro horizonte 52 grados y no veíamos las estrellas de la Osa Menor ni de la Mayor, estando alejados del puerto de donde partimos unas 500 leguas por el siroco. Esto fué a 3 días de abril. En este día se levantó en el mar una tormenta tan recia que nos hizo amainar del todo nuestras velas y corrimos a palo seco, con mucho viento, que era el lebeche, con olas grandísimas y el aire tormentoso; y era tanta la tempestad que toda la flota estaba con gran temor. Las noches eran muy largas, que tuvimos una, la del siete de abril, que fué de 15 horas, porque el sol se encontraba al final de Aries, y en esta región era invierno como puede calcular V. M. En medio de esta tormenta avistamos el día siete de abril una nueva tierra, de la cual recorrimos cerca de 20 leguas, encontrando la costa brava; y no vimos en ella puerto alguno, ni gente, creo porque era el frío tan intenso que ninguno de la flota se podía remediar ni soportarlo. De modo que viéndonos en tanto peligro y con tal tormenta, que apenas podíamos ver una nave a la otra por las grandes olas que se levantaban y por la gran cerrazón, acordamos con el capitán mayor hacer señales a la flota de que se reuniese, y dejar la tierra retornando al camino de Portugal. Y fué muy buena decisión, porque si demoramos aquella noche, de seguro nos perdíamos todos; pues en cuanto viramos, y la noche y el día siguiente, arreció tanto la tormenta que temimos perdersos, y tuvimos que hacer [votos] de peregrinos y otras ceremonias, como es uso de marineros en tales ocasiones.

Corrimos 5 días y aún no habíamos alcanzado la línea equinoccial, con aire y mares más atemperados; y plugo a Dios librarnos de tan gran peligro. Nuestra navegación se realizaba por el rumbo entre tramontana y greco, porque nuestra intención era ir a reconocer la costa de Etiopía, que estábamos lejos de ella 300 leguas por el golfo del mar Atlántico. Con la gracia de Dios, llegamos el día 10 de mayo a una tierra hacia el austro que se llama Sierra Leona, donde estuvimos 15 días reabasteciéndonos; de allí partimos con rumbo a las islas de los Azores, que distan del sitio de dicha Sierra cerca de 750 leguas. Arribamos a las islas a fines de julio, y allí estuvimos otros 15 días tomando alguna recreación; y partimos de ellas para Lisboa, de la que estábamos 300 leguas hacia el occidente. Y entramos en este puerto de Lisboa a 7 días de septiembre de 1502, sanos y salvos loado sea Dios, y con sólo dos naves, pues la otra la incendiamos en Sierra Leona porque no podía navegar más. Empleamos en este viaje cerca de 15 meses, y durante 11 días navegamos sin ver la estrella tramontana o la Osa Mayor y Menor, que se llaman el Cuerno, rigiéndonos por las estrellas del otro polo. Esto es lo que vi en este viaje o jornada.